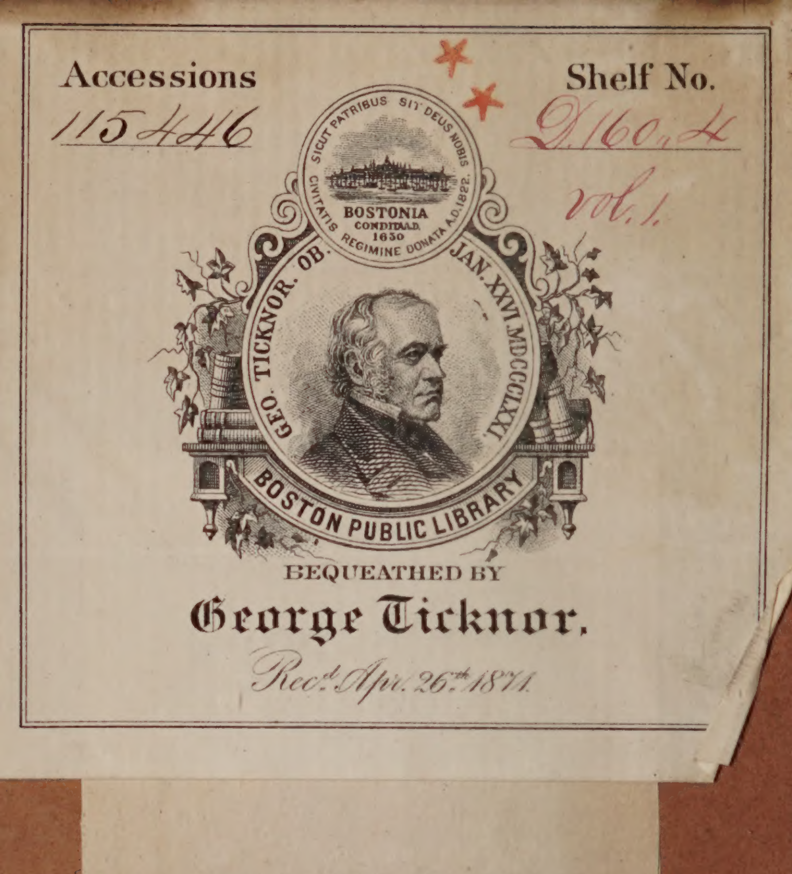



Accessions
115446
Shelf No.
D.160.4
vol. 1.
SICUT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS
BOSTONIA
CONDITA A.D. 1630
CIVITATIS REGIMINE DONATA A.D. 1822.
GEO. TICKNOR. OB. JAN. XXVI MDCCCLXXI.
BOSTON PUBLIC LIBRARY
BEQUEATHED BY
George Ticknor.
Recd. Apr. 26th 1871.

LA CATEDRAL
DE SEVILLA,

NOVELA TOMADA DE LA QUE ESCRIBIÓ EL CÉLEBRE *VICTOR HUGO* EN FRANCÉS CON EL TÍTULO DE

NOTRE DAME DE PARIS

POR

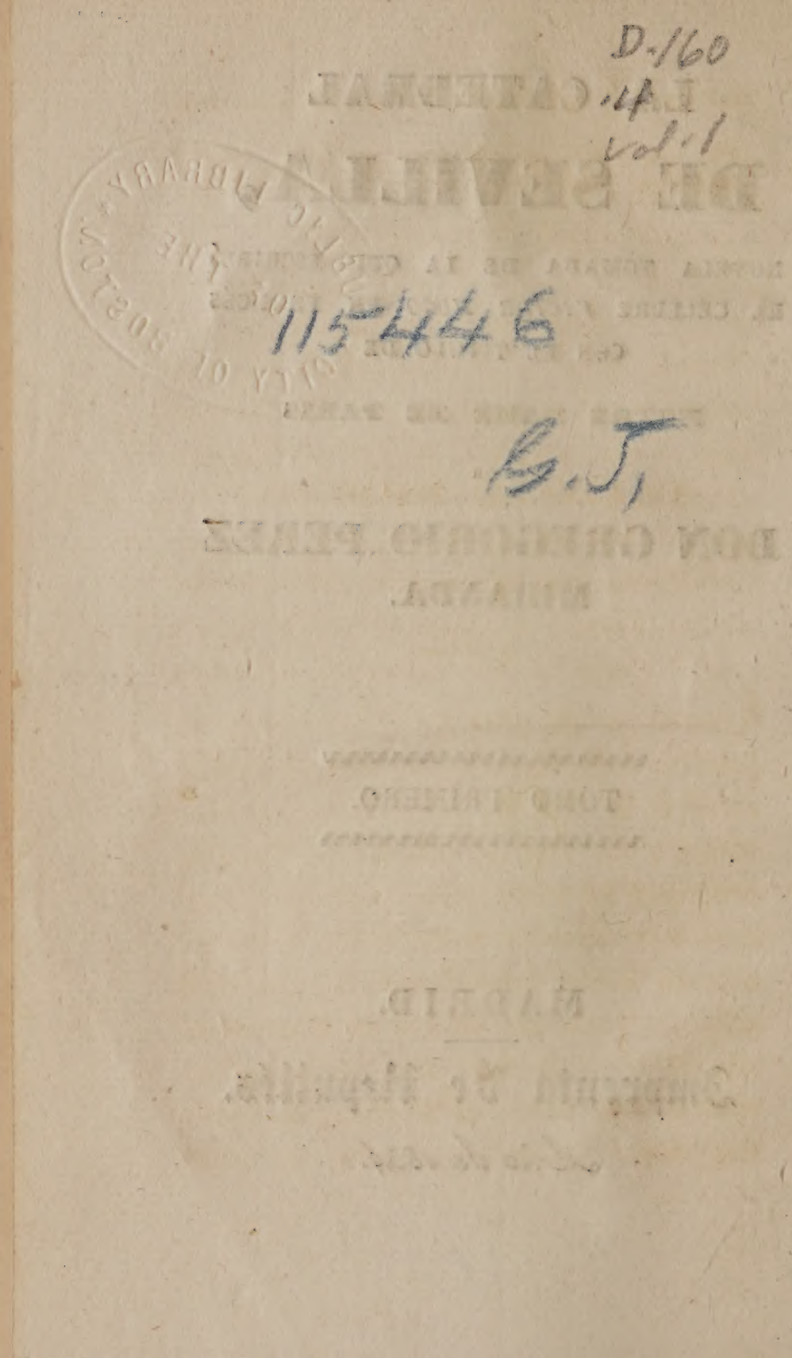
DON GREGORIO PEREZ MIRANDA.

TOMO PRIMERO.

MADRID.

Imprenta de Repullés.

Año de 1834.



LA CATEDRAL

DE

SEVILLA.

CAPITULO PRIMERO.

Públicos regocijos del año 1350.

Corrian los años de 1350 cuando el jubiloso vuelo de todas las campanas de la catedral de Sevilla despertó repentinamente á sus festivos habitantes. Pero no presuman los lectores que motivase á deshora este sonoroso ruido súbita arremetida de moros granadinos, ó imprevisto golpe de gente que viniese de Marruecos, sino el deseo de festejar á cierta embajada de don Pedro de Aragon, de aquellos reinos venida para tratar de paces

con don Pedro de Castilla. Porque es fuerza prevenir que desde muchísimos años existia una encarnizada lucha entre aragoneses y castellanos, sin que los buenos de ambos reinos, ni, lo que parece imposible, los respetables nuncios de su santidad hubiesen conseguido ponerle término. Y no se figuren las señoritas que por cusualidad nos lean que se tratase de recrear sus oidos con óperas semejantes á las de Paesiello y Cimarosa, de deleitar sus ojos con las admirables danzas y pantomimas de Viganó, ni de alhagar sus paladares con las artificiosas salsas de Nodier y Palmeroni, pues aquellos ricos-homes y sesudos hidalgos (y sea esto dicho con su permiso) hubieran dado á los diablos tan sutiles y afiligranados primores, aunque en cambio recibieron de buen talante la noticia de que se les representaria cierta farsa preparada al intento, y se les daria el magnífico espectáculo de una grandísima hoguera, junto con el de una danza oriental ó morisca. Sin embargo, lo que es el

pueblo no daba tanto valor á la farsa como á la singular diversion que debia servirle de remate. Atiéndase que el de Sevilla se componia entonces de un sin número de holgazanes, que bajo la denominacion de *hampones* vivian á espensas de la credulidad pública, á las del viajero que encerraban en las revueltas de sombría encrucijada, ó bien agregándose á las mesnadas de algun señor de vasallos á quien faltasen un par de lanzas para completar el número que presentar debia al señor rey cuando era fuerza acudir al eco de sus clarines. Artesanos de varias clases, diestros, en razon de su contacto con los moros, en bordar paños, plegar bonetes y lucirse en otras ingeniosas labores, componian igualmente los elementos de este pueblo; bien que formaba el mas numeroso y compacto la útil clase de labradores, gente á la sazon mercenaria y abatida como dependiente de algun caribe feudal, y debiendo acudir á sus propias necesidades con las sobras de cualquier castillo y la sopa de piadoso

monasterio, unido á escasa y mal satisfecha soldada.

Desde el momento en que se voltearon las veinte campanas de la iglesia mayor vistiéronse estas varias clases las ropas de mas decencia, y empezaron á salir de sus casas y chozas para encaminarse, segun sus inclinaciones ó caprichos, á la estrepitosa llama de la hoguera, al sutil enredo de la danza morisca, ó á la representacion solemne de la farsa. Y si bien en tales lances suele haber público para todo, es fuerza hacer justicia al de Sevilla, puesto que dejaba arder casi solitario el vasto fuego, y con delgado círculo de espectadores la danza oriental ó moruna, á fin de encaminarse en tropel al arabesco salon del alcázar, sitio destinado para la representacion de la peregrina farándula. Al efecto no obstante de hablar con imparcialidad absoluta y no dar de aquellos pueblos una idea mas ventajosa de la que realmente merecen, nos vemos obligados á manifestar que no era precisamente el espectáculo apenas

visto de una representacion dramática el objeto que empujaba á los sevillanos hácia la antigua morada de sus reyes, sino el haber sabido que concluida la farsa se les daria facultad de elegir un *padre de los locos*, ceremonia muy del gusto de aquellos siglos por lo que tenia de soez, bulliciosa y picaresca. Agregábase á esto que los embajadores debian honrar con su presencia aquel espectáculo, ocasion siempre para escitar la curiosidad de los que pretendian descubrir motivos de crítica ó de alabanza en su talante ó compostura.

Ya se comprende en fuerza de estos preliminares que no era cosa fácil penetrar en aquel vasto salon, ni aun en la desproporcionada plaza que llamaban del alcázar. Presentaba su imperfecto círculo á la multitud de personas asomadas en las ventanas el cuadro de un ancho golfo, al que cinco ó seis calles, que en nuestra discreta comparacion deben semejarse á otros tantos rios, le rendian en innumerables testas el tributo de sus ondas.

Movíanse estas de uno á otro ladó chocándose, repeliéndose, formando á veces un levísimo claro, á veces amontonándose con bravura en los ángulos sobresalientes de los irregulares edificios, cosa sin embargo sosegada y muerta en cotejo del remolino que se descubria por la escalera principal del regio edificio, á pesar de que prometia su capacidad no meter nunca en semejantes apuros á los que intentasen subirla. Su casi perpendicular configuracion, y las rápidas corrientes que sin cesar bajaban y subian, ofrecíanse á la vista á manera de una pintoresca cascada que tambien pagase al golfo el cristalino feudo de sus aguas. La gritería, las carcajadas, los chillidos de este gran concurso, no menos que el rumor ocasionado por el pisoteo continuo, daban un arremolinado movimiento, una especie de vértigo á este animadísimo cuadro. Notábase de tiempo en tiempo que subian de punto los alaridos, é iban con mas encarnizamiento los empellones, desorden producido por el rústico atropella-

miento de algun esbirro ó sayon de los alcaides de la villa, por algun alabardero del alcázar, ó cualquiera hombre de armas á sueldo fijo, gente respetada y temida, ya por la autoridad que representaban, ya por la proteccion que á sus inmediatos gefes debian. Por lo demas no se descubria ventana, ni agujero, ni alto mirador, ni laboreada galería por donde no asomasen apiñadas cabezas de los muchos que sin ánimo de meterse en el alcázar parecian contentarse con el espectáculo que les presentaban los mismos espectadores.

Todo esto, guardando entre sí cierta armonía de movimiento y ruido, cual si dijéramos rústica y plebeya, aumentada por el eterno repiqueteo de las campanas y por los incesantes grupos que de todas partes venian á henchir la plaza y á inundarla, no puede dar todavía una idea de la confusion y el alboroto que reinaban en el salon del alcázar. Figúrese el lector una pesada bóveda llena de figurones entrelazados, ostentando robustos miembros

y encendidísimos colores; figúresela sostenida por doce delgadísimas columnas festoneadas en sus chapiteles, acanaladas en sus torneos, ligeras y elegantes en sus bases; un pavimento de mármol alternando con simetría sobrado regular para aquellos tiempos las losas blancas con las negras, y podrá calcular lo que era poco mas ó menos el celebrado salon de aquel palacio. Altas, puntiagudas y graciosas flanqueaban el lienzo correspondiente á la plaza ocho ventanas arabescas, en cuyos vidrios campeaba el sobrecargado pincel de orientales artistas, al paso que por el otro una larga hilera de nichos, en los que toscas y záfias se albergaban las estátuas de los denodados reyes de la estirpe goda. A pesar de la grosera mano que quiso representarles, admirábanse los intrépidos en el orgullo de sus miradas y en lo erguido de sus cabezas; los holgazanes en la flojedad de sus miembros y en el *dolce far niente* de sus actitudes; los justicieros en el ahinco de empuñar espadas; los santos, en fin, en la muche-

dumbre de sus rostros y en el piadoso éstasis de sus raptos. Las puertas de esta espaciosa estancia parecian de ébano en lo lustrosas, de mármol negro en lo macizas, sumamente labradas, aunque con mas artificio que primor. Distinguíase empero la que en la testera del gran salon servia de paso al oratorio mandado construir por el santo rey don Fernando, breve, pero rico aposento por la delicadeza de su gótica arquitectura. El arco de piedra que coronaba dicha puerta podia pasar por una obra maestra de elegancia y gallardía, asi como compararse á un sutilísimo encaje el óvalo calado en medio de sus tres ángulos, segun la finura de sus líneas y el arte prolijo de enlazarlas, combinarlas y adelgazarlas.

Frente por frente de este preciosísimo oratorio habian levantado un catafalco, sobre el que pendientes de un bastidor de madera caían sobre su superficie flamencas tapicerías al efecto de formar una especie de escenario para los actores de la farsa: llenaban igualmente el fondo

cortinages de la misma calaña, por entre los cuales veíanse asomar de tiempo en tiempo las cabezas de los representantes, como para disfrutar del golpe de vista que ofrecia la numerosa concurrencia que habia de aplaudir sus talentos histriónicos. Cuatro alabarderos de férreo gesto y atléticos miembros manteníanse en pie junto al rústico armatoste con el piadoso objeto de mantener el sosiego siquiera en los breves límites de su recinto, y no obstante de que iban sucediéndose las horas sin que llegase el momento de la representacion suspirada, permanecian firmes como estátuas de bronce, en cumplimiento de las órdenes que les diera el alcalde de la villa.

Ahora bien, los mas de los espectadores estaban en la plaza desde el primer vislumbre del dia para tomar sitio en el salon. Algunos habian pasado la noche echados como costal de basura á los umbrales de la puerta, otros debajo de los pórticos formando círculo, sentados sobre pedazos de estera con las piernas cruza-

das, y refiriendo marciales lances ó encantadores prodigios: sin embargo, aumentábase por instantes el concurso, y semejante á un rio que sale de madre, ó á bulliciosas aguas que vencen la capacidad del recipiente, empezaba á salir de su nivel, alcanzando ya para acomodarse los huecos de las ventanas, los figurones de las cornisas, las anchas hojas de los chapiteles, y cuantos bultos sobresalientes ofrecia aquella sobrecargada arquitectura. Resultaba de esta desproporcion que la impaciencia de unos, el cinismo de otros, la descompasada alegría de una jornada de huelga en estos, la incomodidad de los codazos, tropezones y quisquillosidades en aquellos daban á los gritos de tan desproporcionada concurrencia no sé qué de imponente y hostil que indicaba á tiro de lanza las cínicas pasiones del populacho. Oíanse en todos los ángulos imprecaciones contra la tardanza de los aragoneses, contra los ricos-hombres que habian de acompañarlos á la funcion, contra el alcalde de Sevilla que habia de

presidirla, contra el frio, el calor, el mal tiempo por acá, el buen tiempo por allá, aquella puerta cerrada, aquella ventana abierta, el rempujon, el puntapié, el codazo y... Dios sabe cuántos motivos de animacion, movimiento y querella, todo con grandisimo deleite de algunos estudiantes de la universidad sevillana, que colgados como ropa vieja en lo alto de los chapiteles, ó trasconejándose con admirable ingenio por los óvalos en que remataban las ventanas, contemplaban aquella vasta escena de tumulto y de desorden.

No podemos pasar por alto cierto grupo de estos endemoniados bichos que, atravesado sin que nadie pudiese adivinar cómo, en uno de ellos vertia innumerables pullas contra los de fuera y los de dentro, cosa que equivale á decir contra los que procuraban acomodarse en el salon y los que se agitaban todavía por la plaza. Al verlos haciendo gestos, prodigando sarcasmos, aplicando apodos á todo el mundo, riéndose con infernales

carcajadas hasta de los varones mas distinguidos y sesudos, y participando á los camaradas suyos que habian alcanzado algun chapitel interior lo que acontecia por la calle, era facil conocer que lejos de participar del general fastidio, servíales de estraordinario recreo toda aquella baraunda, incomodidad y mescolanza.

--Por los cuernos de Satanás, oh Lucas de Molendino, gritaba uno de estos malditos duendes á cierta especie de diablillo rubio, de linda y malignísima figura, que iba dando vueltas con admirable flexibilidad y destreza al puntiagudo chapitel de una columna, por los cuernos de Satanás que acertaron en encajarte un nombre que suene á cosa de molino, pues que ese gentil meneo de brazos y de piernas se parece mucho al de las aspas que el viento revuelve con furia. ¿Desde cuándo asaltaste ese cómodo asiento?

--Desde que con tanto donaire te burlabas de la raida sotana del cura de San Silvestre.

--Sin que respeto le inspirasen su dignidad ni su saber, esclamó en tono de reprension un hombre sumamente gordo que se apoyaba contra la propia columna de Lucas.

-- Muy bien parlado.

--Y á tiempo.

--Sentencia al fin del buen Santiago Cornudo, maestro zapatero del barrio de Triana, reputado de astrólogo por ciertas puntas y collares de brujo, dijo Molendino.

Una estrepitosa carcajada en coro de todos los estudiantes que alli habia celebró el desgraciado apellido del maestro de obra prima.

--¡Santiago Cornudo! esclamaban unos.

--O, Cornudo Santiago, repetian otros.

--*¡Cornutus et hirsutus!...*

--Por supuesto, continuó el diablillo del chapitel, por supuesto que es Cornudo: digo que se llama Cornudo cual podia llamarse ladron ó lobo. Vaya que

no sé á qué vienen esas risas, sobre todo cuando Santiago Cornudo cuenta con parientes tan de pró como Maese Damian Cornudo, agregado para servir al señor rey á los alanos del preboste, hijo por línea recta de Maese Matías Cornudo, casado con la mas agil demandadera de monjas que ha conocido la cristiandad, la célebre Mari-Agueda Torreznos.

Redobló al oir esto la algazara de los estudiantes, que con sus dicterios, miradas y apodos perseguian al pobre maestro, sin que éste por mas que forcejeaba y sudaba pudiese ocultar entre la muchedumbre su facha patriarcal y apoplética. Uno de sus vecinos, hombre al parecer grave y metido en carnes como él, acudió solícito á consolarle.

—— Mala peste contra esa turba de insolentes: yo os aseguro que la tunda que hubieran llevado en mis tiempos juveniles dejárales por mas de un año cardenales y ronchas en la espalda.

Al oir este anatema dispararon nueva descarga de risas, silbidos y dicterios,

pero tan infernal y ruidosa que cortó el coloquio de los dos menestrales.

—Vaya un socorro que le ha venido al honradísimo Cornudo.

—¿No lo conoces?

—¿Y quién no conoce al babieca de Gregorio Fagoto, el mas listo bedel de la universidad, como tuviese menos barriga y mas piernas?

—¡Toma!... ¿Aquel á quien llaman el tigre por las aulas?

—El propio, casado en segundas nupcias con la no menos barriguda y oronda Margarita Badajo.

—¿La que tanto se parece al catedrático de cánones?

—¿La que se mantiene tan carirredonda y fresca como si ya fuese viuda?

—¡La misma! ¡La misma!...

—Viva el crédulo Fagoto...

—Viva el prudentísimo Cornudo...

—Viva la redondísima Badajo...

Y armóse tal algaravía de víctores y de palmadas huecas, que el pobre Fagoto tuvo que taparse los oidos.

— Ahora te digo, Maese Gregorio, gritóle Lucas colgado siempre del chapitel, que como vuelvas á abrir esa boca pecadora salto sobre tí y te rompo la cabeza.

El pobre alzó los ojos, y viendo aquella maldita araña sobre sí, con bastante resolucion para hacer lo que decia, encogióse de hombros y se calló la boca. Y Lucas, el diablillo de Lucas, dueño ya del campo de batalla, prosiguió con aire de triunfo sus griterías y sarcasmos.

— Voto á Judas Iscariote que somos unos zánganos si no hacemos pagar al claustro la irreverencia cometida en esta célebre funcion contra su gremio. ¡Cómo se entiende, camaradas!... ¿Nosotros los depositarios de la ciencia, clarísima esperanza de la magistratura y la iglesia, nos hemos de colocar á granel, trepando por las columnas, ó alcanzando por asalto las ventanas?... ¿para quién se labraron los sillones de damasco? ¿á qué ingenios se destinaron los bancos de cofradía?

— ¡Nosotros, amigo Lucas, para cu-

yos caletres no habrá andando el tiempo suficientes cátedras ni púlpitos !...

-- Paréceme, vecino, dijo Maese Gregorio á Santiago Cornudo, que llegamos al terrible dia en que se reunan en el valle de Josafat todas las gentes.

— Y en que ande suelta por el viejo alcázar la mas pícara legion de las infernales bóvedas.

— ¿Y contra quién descargan ahora la venenosa lluvia de sus injurias?

— Sin duda contra alguna procesion solemne que en cumplimiento del ceremonial atraviese por la plaza.

— ¡Ah!... paréceme que lo comprendo... el pobre claustro, presidido del rector, que en hábitos doctorales se dirige en busca de los embajadores...

Efectivamente era asi, y toda aquella diabólica estudiantina no hacia mas que silbarlos, torearlos y ridículamente clasificarlos desde las elevadas saeteras de óvalos, claraboyas y ventanas. El reverendo rector, montado en mula alquilona, y por consiguiente cuellilarga y pasicor-

ta, marchaba, segun se ha dicho, al frente de aquella gentil mogiganga, por lo que empezaron á tomarla con él sin maldito el respeto á su autoridad escolástica y científica.

— Míralo, gritaban, míralo con la gravedad postiza que anda autorizando la fiesta. Nadie diria al verlo tan patitieso sino que es un *bonus vir*...

— ¡Buenos dias, viejo rector!...

— ¿Qué tal saltan dados? parece que se perdieron la otra noche cien alfonsis.

— Ya de puro mohino se cala el sombrero hasta las cejas.

— Atiende cómo nos mira al soslayo por si puede conocernos.

— ¡Victor al reverendísimo *rectore*! ¡quiera Dios darle buena manderecha para las senas y quinas!...

— Y mejor talante para no andar atravesado en esa larguísima mula como costal de paja.

Hubo de sufrir el pobre toda aquella granizada de sarcasmos, hasta que adelantándose sus compañeros, que sudaban

de congoja con la idea de la befa y silba universal que les esperaba, lo relevaron en ser el blanco de tan endemoniados saludadores.

— ¡Hola, hola! aqui tenemos al doctor Judas, aquel que hizo sus estudios médicos en las aulas arabescas de Granada.

— Mentira, que alcanzó todavía las de Córdoba... ¿no lees en su arrugadísima facha que ya tenia licencia de matar por tiempos del alhagib Almanzor?

— Toma mi zapato, amigo Zoilo, esclamó Lucas de Molendino desde el garabateado chapitel, tómalo por tu vida, y tíraselo á las narices en pago de haberme llevado por curarme una maldita diarrea cuatro alfonsis.

— ¡Habrá viejo mas avaro!...

— El otro dia fueron por él para que tomase el pulso á un perro del arzobispo.

— ¡Fuera médicos!...

— ¡Fuera curanderos!...

— ¡Al diablo los matasanos!...

— ¡Y los jaropes y los emplastos!...

— ¡Y las cantáridas y los julepes!...

— ¡Y las lavativas y las purgas!...

— ¡Silencio, que aqui vienen los teólogos!

— Semillero de dignidades y mitras...

— *¡Salve congregatio sacra!...*

— Síguenles los canonistas, gremio igualmente privilegiado, muchachos...

— Eterna loa á las sabias decretales de Roma...

— Y á los cánones de Toledo...

— Y á los concilios de Constantinopla y Cesarea...

— ¿Pero quiénes son esos de cara tan gravemente ridícula?

— Los jurisconsultos arrastrando ropas talares, flordelisadas con manchas sanguíneas...

— Mirad entre ellos al juez de Triana cuán estirado se adelanta, como si tuviese que entender en otras causas que en las de hampones, carniceros y moriscos.

— Ahora pasa el de las mancebías y

burdeles... ¡vaya una risita!... no parece sino que se halle todavía entre azucaradas rameras...

— ¡El de los judíos, muchachos, el de los judíos!...

— Á Lucas de Molendido con eso...

— Maldita sea tu alma: tan cristiano soy como tú, perro mastin...

— Pero no cristiano viejo, segun dicen malas lenguas...

— ¿Y á qué linage pertenecen los que avanzan con tan solemne talante?...

— Los prohombres de los cuatro gremios de Sevilla...

— ¡Valientes caricaturas!...

— Coleccion mas selecta de narices no se ha visto desde el Ovidio Nason.

— ¿Quién les ha engañado para que se envolviesen en esas capas de grana?

— Nadie diria sino que representan al senado de Venecia cuando le vienen ganas de casarse con la mar...

— Reniego de mi suerte, esclamaba entre tanto Lucas de Molendino; ¡todo lo atisban desde esos malditos agujeros!...

— Os aseguro, dijo Gregorio Fagoto á Santiago Cornudo aturdido de tan bárbara y porfiada algarabía, que percibo en esos chillidos los que arrojarán los réprobos en en el último juicio.

— Como que me parece estar por lo menos en el purgatorio, compadre, satisfizo suspirando Maese Santiago.

— ¡A buen seguro que se burláran de esta suerte en tiempos de don Alonso!... No se conocian entonces esas farsas ni esas apretadas concurrencias... ¿Habia ventajosa tregua con los moros? ¿ganábase estupenda victoria en las fronteras?... encendian descomunal hoguera, saltábanla los mozos haciendo una cabriola, y divertíase la gente al aire libre, palmoteando al que salia menos chamuscado y mas ligero.

— En verdad, Maese Santiago, que ya estoy aburrido de aguardar tanto tiem- esa funcion de nuevo cuño.

— ¿Pues qué hora será?

— Como no hace sol lo ignoro; pero escuchad un poco, digo como lo con-

sienta esa turba, á ver si oís la campana del monasterio de San Mauro anunciando medio dia...

Y no solo hirió su lengua de acero los oidos de Maese Fagoto, sino que difundiéndose por la sala el penetrante sonido, hubo un instante de silencio en toda ella. Cercioráronse de que en efecto era llegado medio dia, y prorumpieron en un prolongado ¡ah!... que manifestaba á la vez la sorpresa de que fuese tan tarde, y el deseo de dar felice fin á la fiesta y volver á tomar reposo en los domésticos hogares. Cesaron tambien los estudiantes en sus chillidos, hubo en la pieza un súbito meneo de cabezas, un sordo rumor de pies, un general ruido de toses y esclamaciones, procurando cada uno arreglarse, acomodarse, encajonarse, para presenciar mejor la tan suspirada fiesta. Sucedió á estos preparativos un movimiento simultáneo hácia el tablado, en donde fijaron los ojos con las cejas arrugadas, con las bocas abiertas, con las manos tendidas, bien que en valde: nin-

gun figurin asomaba por entre las tapicerías. Distinguíanse unicamente junto á ellas los cuatro alabarderos que hemos dicho, siempre inmóviles y firmes como estátuas. Tres cosas esperaba desde por la mañana aquella animada muchedumbre: las doce del dia, la embajada de Aragon, y la farsa... solo les habia llegado la primera. Aguardaron todavía algunos minutos, un cuarto de hora, y nada venia, y el catafalco de los embajadores desierto, y el tablado de los representantes mudo que mudo. De la impaciencia vino la cólera, y empezóse á murmurar aunque algo sotto-voce la hostil esclamacion de *¡la farsa, la farsa!* Moviéronse otra vez como una mar brava aquellas innumerables cabezas, tomaron cuerpo los murmullos, lanzáronse al alcázar por ángulos remotos sediciosos gritos, y el Lucas de Molendino, que por un instinto de malignidad natural tomaba siempre la delantera en todos los alborotos, quimeras y tumultos, empezó á decir á grandes voces:

— ¡Venga la farsa, y váyanse á todos los diablos esos poltrones de Aragon!

Con ruidoso palmoteo respondió la concurrencia á las esclamaciones del pícaro estudiante, que revolviéndose siempre por el chapitel como una ligera araña ó sutilísima culebra, andava repitiendo *¡la farsa!... ó matemos el tiempo, si se resisten, ahorcando á esos cuatro alabarderos.*

— ¡Viva!... respondió el concurso con aclamacion unánime.

— Venga una soga... decian unos.

— Yo me ofrezco de verdugo... gritaba Lucas.

— Yo para estirarles las piernas...

— Yo para ausiliarlos en el patíbulo, respondian sus camaradas, al paso que agolpábase ya la muchedumbre hácia ellos, amenazando romper la débil barrera de palo que los mantenia en el privilegiado círculo.

Los cuatro infelices vieron con turbios ojos la embravecida borrasca que les amenazaba, y empezaron á temblar de

pies á cabeza al reparar en que ya la balustrada se ponia corva ó barriguda de resultas del ímpetu de los que cargaban sobre ella. El instante no podia ser mas crítico: la sedicion andava suelta, y los estudiantes desde sus elevadas madrigueras dirigian y entusiasmaban aquella popular asonada. Por supuesto que los alabarderos iban á ser cogidos, y ahorcados y arrastrados, porque el pueblo de Sevilla era sumamente fiero y audaz bajo el reinado de un príncipe á quien podian aplicarse estos epitetos; pero contuvo por fortuna su insolencia la aparicion de un raro personage que, habiendo alzado la tapicería del fondo del tablado, manifestóse al público, y aun se adelantó hasta la boca del rústico palco escénico. Trocóse en curiosidad la cólera: hubo repetidos gritos de *¡silencio! ¡silencio!* cosa que dió no poco aliento á nuestro hombre, quien para decir verdad no las tenia todas consigo al arrojarse contra el indómito torrente de aquel feroz populacho. Es fuerza empero advertir que su trage

contribuyó mas que nada á mantener á raya sus insolencias. El hombre era de alta estatura: llevaba una túnica salpicada de estrellas, y pendia de sus hombros un manto de púrpura con vistosas franjas, bien que apolillado y respirando en cada pliegue antigüedad venerable y respetuosa. Todo lo suplia la puntiaguda gorra con que mitraba la frente, revestida de raso, y por ella sembradas ni mas ni menos que en el manto algunas lises de oropel. Un manojo de retorcidos alambres rematando en sutil lanceta indicaba á ojos científicos y esperimentados los fulminantes rayos del Dios que preside en el olimpo, y que el arlequin de quien hablamos estaba destinado á representarle en la farsa.

-- Buenos artesanos, católicos labradores, arengó el señor Júpiter á la muchedumbre, sepades que para complacer al señor rey y al nuncio de su santidad representaremos una farsa en obsequio de los embajadores de Aragon, y de la paz que en nombre de su monarca

han ajustado con Castilla. Detenidos se hallan á estas horas por la sapientísima oracion que les está endilgando en claustro pleno el profundo rector de la universidad; pero en cuanto se hayan recreado en oirla vendrán á ver la representacion de esta farsa que nos trajo de Italia un ingenio famoso de estos reinos, en la cual farsa represento yo el papel de Júpiter, uno de los principales que juegan en su complicadísima trama. Y asimismo os advierto, hermanos mios, que tenemos tambien en la cuadrilla dos juglaresas de gran desenvoltura y donaire.

A medida que se fueron familiarizando con su trage menguó la admiracion que les habia causado al principio, por lo que apenas concluyó las últimas palabras, cuando empezaron á gritar que comenzasen al instante y se fuesen á los infiernos los embajadores de Aragon. Los estudiantes, y sobre todo Lucas de Molendino, chillaban, blasfemaban, repetian que se diese principio á la farsa, y el pueblo murmuraba en términos que

daba mucho que temer á los alabarderos, á los actores y al ingenioso catafalco. En vano el señor Júpiter trató de apaciguar con otro rasgo de elocuencia aquel tumulto: interrumpiéronle anunciándole que lo ahorcarían tambien, por lo que viéndose entre los dogales del pueblo si no empezaba, y en manos del verdugo público si ofendia, obedeciéndole, el respeto debido á la embajada, cruzó los brazos sobre el pecho y quedóse inmóvil pidiendo al cielo que lo iluminase en tan angustiado trance; y el cielo oyó sus votos, pues que vino á sacarlo de tamaño apuro un hombre todavía jóven, vestido de negro, de alta y delgadísima figura, que saliendo de entre la muchedumbre adelantóse con furtivo paso hácia la escena.—¡ Júpiter ! ¡ eh !... ¡ querido Júpiter !... — Pero el otro no se daba por entendido, hasta que arrimándose mas gritóle á tiro de media vara : — ¡ Miguel Chaparro !... ¡ Hola !... ¡ Miguel Chaparro !

—¿ Quién me llama, respondió Júpiter como despertando de un letargo.

-- Yo soy, babieca...

--¡Ah!... suspiró Júpiter.

-- No seas bárbaro, repuso el otro; cumple lo que te manda el pueblo, que yo me encargo de negociarlo con el alcaide para que apacigüe el mal humor del cardenal.

-- Bendito sea Dios, esclamó el farsante suspirando con alguna libertad; y volviéndose al pueblo, aplacad la cólera, gritó con toda la fuerza de sus pulmones, no injurieis mas á un pobre diablo á quien coloca su mala suerte entre vuestra impaciencia y los terribles maceros de la corona. ¿Pero qué no haremos por serviros?... ahora mismo vamos á principiar esta ingeniosísima y eruditísima representacion, por la que vereis, hermanos, las ventajas que resultan á los pueblos de estar bien con Dios y en sana paz consigo mismos.

-- Viva, gritaron los concurrentes.

--*¡Jupiter olimpicus!*

-- *¡Plaudite cives!* repitieron en coro los estudiantes, latinajos que hicieron

grande efecto en aquel vasto círculo, pues que los estuvieron palmoteando largo rato.

A todo esto el hombre estenuado, macilento y semilevítico, que habia súbitamente trocado la tempestad en bonanza, apoyóse contra la columna mas inmediata al teatro, aguardando sin dar muestras de impaciencia el momento en que se principiase la farsa. Pero dos muchachas, hijas de honrados menestrales, frescas, morenitas y ligeras, habiendo advertido la influencia de las palabras que dirigió al actor, acercándose á él llenas de curiosidad y juvenil travesura,

—— Maestro... dijo la una.

—— Cállate, tonta, respondió su compañera: ¿no ves que es lego como tu padre, y que de consiguiente no le compete ese título? Llámale Maese fulano, ó Mosen fulano si te pareciere aragonés.

—— Pues bien, Maese...

—— ¿Qué me quereis? interrumpiólos solícito el incógnito?

——¡Oh! nada... respondió toda confu-

sa; la que quiso hablaros era esta, añadió señalando á su amiga.

-- No tal: lo que yo he dicho es que os llamase *Maese* para hablar con la mesura correspondiente á vuestros hábitos.

-- ¿Pero en suma, qué me quereis?

-- Si hemos de decir verdad, y sin que de ello mi amiga Leonor se ofenda, era saber si conociais en efecto á ese soldado del escuadron de la farándula que acaba de platicarnos.

-- ¿Por Júpiter direis?

-- Sin duda.

-- ¿O por hablar con mas exactitud, Miguel Chaparro?

--Pues: esa especie de oso envuelto en faldas con unas barbas que le caen hasta el ombligo...

-- Que lleva borceguíes encarnados...

-- Y una caperuza muy alta y hocicuda...

-- Y un manto de púrpura...

-- Y un...

-- Y un...

-- Basta, basta, bobas mias, y ha-

blad con mas respeto del que va á representar uno de los principales papeles de este ingeniosísimo paso.

—¿Y será lindo?

—Lindísimo, satisfizo el jóven retorciéndose los bigotes con aire de complacencia.

—¿Y habrá aquello de moros degollados?

—¿Y de cuando los teme el bobo como si fuesen fantasmas?...

—Quédense allá tales lances para la plebe soez y chocarrera, pero no para servir de recreo á ilustres embajadores. Trátase de divertirlos con una alegoría que anuncie alianza perpetua entre Castilla y Aragon.

—Hé aqui por qué dicen que ha sido hecha por industria del señor nuncio de Roma...

—¡Bah! no ha entrado en su composicion otra industria que la mia.

—¿De veras?

—De veras, repuso el incógnito lleno de satisfacion y orgullo. Llámase tio

Gachumbo el que ha levantado esas tablas para los farsantes, y Pedro Nebrija, añadió poniéndose la mano sobre el pecho, el autor de los profundos y sabrosos coloquios que vais á oir.

--¡Hola, pícaros! volvió á gritar el colegial Molendino desde el chapitel: ¿si creereis que nos olvidamos de la promesa que hicisteis?... ó empezais con el renegado paso, ó empezamos á ostigar de nuevo á tanto haragan y hampon hambriento de vuestras insignias reales.

No fue menester mas para que sonasen vihuelas y panderos detras de las tapicerías con grande admiracion y contentamiento del concurso. Cesaron despues de un rato, y salieron sobre el tablado cuatro personages envueltos en prolongadas lobas de diferentes colores, en cuyo fondo brillaban desmesurados florones y figuras.

--Llevaban en la mano diferentes atributos; y para que el público no se quedase en ayunas de las virtudes ó héroes que representaban, leíase: *yo soy*

Júpiter en el manto del primero, *virtud me llaman* en la túnica del segundo, *el negro vicio* en los cuernos del tercero, *Santiago y Castilla* en las torres del cuarto, y *San Jorge por Aragon* en el escudo del quinto. Y estos cinco personages empezaron á pronunciar largos discursos y á disputar en formas silogísticas al efecto de hacer patente que el vicio se habia apoderado de Aragon y Castilla, que por esto reinaba áspera discordia entre ambos pueblos, y que compadecido el padre Júpiter de aquella pícara mal andanza, les habia enviado la virtud, la cual á fuerza de silogismos y argumentos arrojaba el negro vicio y los ponia en paz ahora y para siempre amen. Todo esto en efecto era muy lindo, y nada lo probaba con tanta eficacia como el ver desencajado de ojos, encendido y boquiabierto aquel auditorio de patanes. Pero es bien seguro que en toda la compacta muchedumbre, sobre que vertian tan sutiles y peregrinas metáforas los héroes alegóricos del drama, no habia

oído mas atento, corazon mas palpitante, ojos mas fijos que los del bravo Pedro Nebrija, apoyado siempre en la columna mas inmediata del tablado. De allí todo lo escuchaba, lo miraba, lo saboreaba; y los estrepitosos aplausos que acogieron el introito de su obra, resonaban todavía en el fondo de su alma, y abismábanlo en aquella especie de enagenacion dulcísima con la que escucha un autor sus propios versos, cayendo de uno en uno con lenta y sabrosa armonía desde los labios del histrion en el vasto círculo del silencioso auditorio.

No obstante, por mas que nos repugne decirlo, sepa el lector que apenas habia empezado á recrearse en este celestial néctar, cuando vino á turbar su delicia un imprevisto accidente. Cierto mendigo andrajoso y truhan, el cual no habia hallado bastante cosecha en los bolsillos del concurso, imaginó encaramarse á cualquiera sitio sobresaliente para llamar la atencion y recoger razonable cantidad de limosnas. Asi, pues, á fuerza de

maña logró durante los primeros versos del prólogo encaramarse encima de la balustrada que dividia la escena y el corral, y puesto alli como una especie de mojon que marcase los límites de los representantes y del público, hallábase sin decir nada, pero enseñando una llaga asquerosísima y disforme que cubria todo su brazo derecho. El silencio que guardaba permitia franco paso á los versos de los interlocutores, y todo hubiera ido con discrecion y buen término si el demonio de Lucas, ya fastidiado sin duda de tanta compostura y juicio, no se hubiese echado á reir como un loco al tropezar sus ojos con el socarron del mendigo.

— Miradlo, púsose á gritar sin respeto ni miramiento alguno, miradlo con qué arte escita el pícaro Tomas Costante la compasion de los presentes.

No es posible pintar el efecto de esta esclamacion inesperada: tembló Pedro Nebrija cual si le hubiesen pinchado con la afilada punta de una daga, tartamudearon los actores, y volviéronse los con-

currentes hácia el pordiosero, que bien lejos de turbarse, antes viendo en el insulto del colegial una ocasion propicia de hacer su agosto, medio cerró los ojos, tendió la mano, y esclamó en tono plañidero y enfermizo: — ¡Cristianos, una limosna por Dios á este infeliz leproso!

-- ¡Por vida de mi sapientísimo hermano! esclamó Lucas, que trasladaste al brazo la llaga que te cubria la pierna.

Y arrojábale al mismo tiempo con la destreza y malignidad de un mico nueces y piñones en la úlcera, los cuales procuraba recoger el mendigo sin dejar la esclamacion favorita de *¡una limosna por Dios al desgraciado leproso!*

Este episodio distrajo la atencion del auditorio en términos que muchos de los holgazanes que lo componian, al frente de los cuales marchaba el coro estudiantil, no hacian mas que aplaudir el estravagante duo improvisado por el colegial y el mendigo, por medio aquel de sus pullas sardónicas, y éste con sus plañideras proclamas.

-- ¡Continuad! ¡qué diablo, continuad!... gritaba Pedro Nebrija á los actores, desesperado y colérico: ¿pero qué es eso? prorumpió con algun despecho al notar que le tiraban por el herreruelo.

-- Soy yo, respondióle con dulzura una de las dos muchachas que le habian hablado primero.

-- ¿Y qué me quiere la niña?

-- Nada mas que preguntaros si proseguirán la farsa.

-- ¿Quién lo duda? replicó el buen Nebrija, algo chocado de la pregunta.

-- Es que en este caso desearia que me esplicaseis...

-- ¿Lo que van á decir? interrumpió el poeta.

-- No señor, sino lo que han dicho ahora.

A tan impertinente salida hizo el otro una cabriola, como si le hubiesen vuelto á pinchar, y dejó plantada á la cándida doncella, que no alcanzaba en qué pudo haberle ofendido.

Entre tanto volvian á endilgar los ac-

tores la relacion interrumpida, disponíase el público á escucharles nuevamente, no sin haberse perdido, como aseguraba Nebrija, muchas bellezas y delicadas alusiones; el colegial calló de nuevo en su elevado chapitel, y no echaba ya proclamas el mendigo para que le diesen limosna, satisfecho al parecer con unas cuantas monedas que le cayeron en la copa del sombrero. La pieza, pues, iba marchando con bastante soltura, y prometia un éxito algo correspondiente á las esperanzas del poeta: encastillaba éste esperanzas sobre esperanzas, ilusion sobre ilusion: tan pronto se creía el ídolo de su pais, y que las ninfas del Bétis lo llevarian en triunfo, tan pronto que deslumbrado el rey y los infantes con la magia de su talento lo llamarian para conferirle un empleo de la primera distincion, y por consiguiente los honores de la caballería. Pero estaba destinado á ser martir de su propia ciencia. Cuando el silencio volvia á ser mas profundo, cuando los armoniosos períodos del drama iban

á herir flechados, segun su modo de ver, el corazon y la fantasía de sus oyentes, y cuando con voz robusta y varonil declamó Júpiter, vulgo Miguel Chaparro, este escelente verso

Al fin aparece tan bárbaro bruto...

hé aqui que se abre de par en par la puerta de ceremonia, y le responde con voz no menos recia un alabardero real anunciando *á su señoría el justicia mayor del señor rey.*



CAPITULO II.

Cuasimodo.

¡POBRE Pedro Nebrija! el barreno de la mas compacta cantera, el terremoto del año 1750, la descarga de aquella terrible culebrina barcelonesa que en la guerra de sucesion ensartó treinta franceses de un solo tiro, no hubieran hecho tan ruda impresion en su apocado espíritu como aquellas cuatro palabras del alabardero ¡*el justicia mayor del señor rey*! Y no porque temiese ó dejase de temer á este magistrado, hombre á la sazon de gran volúmen, puesto que era Nebrija uno de aquellos entes que no se curan de nada y viven en el mundo con un lisonjero escepticismo, linage de filósofos que ha campeado en todas edades, y á los cuales la sabiduría, bien asi como otra Ariadne, parece haberles dado un ovillo para andar por esta miserable bola sin

acordarse de lo pasado, sin pensar en lo venidero, y barajarse con admirable indiferencia por el informe laberinto de los humanos sucesos. Asi que no por ojeriza que tuviese á su señoría, sino porque su intempestiva llegada, sobre cortarle el delicioso rapto de sus ilusiones, habia de influir en la atencion ó desatencion del auditorio. De pronto no hubo cabeza que no se volviese hácia la especie del balcon ó tribuna que debia servir de asiento al justicia mayor y á los embajadores aragoneses: ¡el justica, el justicia! decian con significativo gesto los de la primera línea: ¡el justicia! repetian los siguientes; y propagándose ese murmullo, ni se oían los actores, ni cesaba la angustia del malaventurado ingenio de aquella composicion alegórica. Y el justicia entre tanto pasaba los ojos por encima de tantas gentes, puestas de puntillas para verlo, con aquella indiferencia ó desden que equivalía en la media edad á superior talento y levantada gerarquía. Verdad es que el personage se lo valía, puesto

que su cara aplastada y redonda, sus ojos soñolientos, sus anchos hombros, enorme barrigon y robustas piernas, indicaban á tiro de ballesta el forzudo adalid Juan Alta-Breña, que tanto se distinguió en el torneo de 1317 celebrado en honra de la dama favorita del rey don Alonso. Despues de haberse complacido en arrojar una mirada protectora y benigna al auditorio, saludólo con cierta risita benévola, risita hereditaria de los grandes, y fuese á repantigar en su silla de brazos forrada de terciopelo encarnado y ribeteada con lustrísimos clavos. Por lo demas ese ilustre Juan de Alta-Breña, que llevaba mas gentes ahorcadas en Sevilla que atletas derribados en las justas, era varon que se preciaba de contemporizador y político, muy provisto de cortesías para los infantes y de azucaradas cláusulas para la terrible condicion del rey don Pedro.

No es posible pintar los erizados escollos por donde en tan dificil carrera tuvo que meter su barca, sacándola siempre

limpia á pesar de las borrascas que amenazaban su frágil concha, porque el conde de Trastamara desconfiaba de él, al paso que no podia ver su alteza que saludase con alegre rostro al bastardo de Trastamara. El hombre, empero, no dejaba de mantenerlos propicios, aplicando con suma oportunidad las genuflexiones y los encomios. Y sin duda por advertir en su índole ese singular instinto de conciliacion y cortesanía, le daban ahora el encargo de obsequiar á los aragoneses á fin de que volviesen divertidos á su tierra, y con impresion favorable de las cosas de Castilla. El séquito que llevaba se componia de algunos prelados y otras personas de pró, pertenecientes á la magistratura, siendo cosa de risa ver el empeño del público en conocerlos y apellidarlos.

—Míralo, decia uno: ¿lo ves? el marques de Sandoval, cuyo castillo se encuentra á dos leguas del de mi amo.

—Lo conozco mejor que tú, como que sirvió mi muger para las melecinas que aplicaron á su primogénito.

— El otro que se arregla el alzacuello es el venerable abad de Santa Cecilia, grande amigo de los pobres, y uno de los señores mas ricos del reino de Leon.

— ¿Y aquel que se ha colocado junto al justicia mayor y le está hablando en secreto?

— ¿Aquel?... no sé cómo se llama, pero sí que es la confianza del cabildo, sin embargo de que le ha negado entrar en el gremio sacerdotal.

— ¿Cómo es posible, cuando anda siempre con su mula á solo tres pasos de distancia de la del señor arzobispo?

— Pues te repito que su señoría lo quiere y lo protege, pero que ha sido tan grave el inconveniente, que ni con su valimiento ha podido cantar misa.

— Dígote, amigo Gregorio, que cuando se lo negaron aquellos señores algo habrán olfateado á tizon de infierno, como gentes que son muy instruidas en las malas artes del padre de las tinieblas.

— No puede ser, señor Maese Santiago, respondióle nuestro amigo Badajo,

que tampoco la admitieran en su confianza, bien que algo hay que me repugna en aquel semblante pálido y en aquella calva frente.

Pero los que mas se señalaban en victorear al justicia, y en saludar con sendos latines á sus colegas, eran los ensotanados colegiales desde el elevadísimo puesto de sus claraboyas y chapiteles. Sujetos casi todo el año por las severas ordenanzas de sus aulas y colegios, apenas se les presentaba un dia de huelga; desquitábanse de tanto silencio prorumpiendo en los gritos que hemos visto, y cometiendo toda suerte de desacatos é insolencias. Y no estrañará el lector que les fuesen permitidas asi que sepa que por un efecto de la barbarie de aquellos siglos mirábanse como lícito desahogo é indemnizacion debida á sus espinosos estudios estos desordenes estudiantiles.

Inmediatamente fue anunciando el alabardero á los embajadores de Aragon, los cuales entraban de dos en dos haciendo al justicia su acatamiento, y sentán-

dose despues en las sillas poltronas de aquel privilegiado sitio. Oíanse proclamar por el rústico heraldo los Moncadas y Requesens, los Rocabertis y Lunas, los Mercaderes y Cabreras, á par de otros apellidos menos históricos, y de algunos absolutamente plebeyos, no porque dejase de reinar la aristocracia en Aragon, sino porque las guerras de Grecia y Sicilia habian repentinamente elevado á muchas familias sumergidas en la oscuridad antes de tan gloriosas contiendas. Presentábanse ahora barajados unos con otros, que no los distinguiera el mas diestro pesquisidor, á pesar del empeño que mostraban muchos de traslucir la calidad al través de su postiza ó natural arrogancia, y de las curvas de la frente. Solo se diferenciaban los que por sus cotas de malla y penachudos cascos manifestaban formar parte de las legiones del monarca aragonés, de los que con sus cortos gabanes forrados de pieles, y las gorras á manera de turbantes, mostraban capitanear sus formidables galeras. Por

lo demas todos venian con manifiestos deseos de tomar parte en la funcion, y echar luego un largo brindis con rico vino andaluz en pró de la nueva alianza entre los dos mas prepotentes reyes de la península.

A medida, pues, que se colocaban tantos señores, que estaba el pueblo repitiendo en voz baja sus buenas ó malas cualidades, sus altos ó despreciables hechos, y que, por un resultado natural de todo esto, callábanse la boca los actores de la farsa, ninguno presentaba una caricatura tan abatida y lastimosa como el pobre autor del drama. Desolábale la desatencion del púbico, secábanle las prerogativas de los grandes, desesperábale el ver próxima á desvanecerse la mágica ilusion de su fama y su fortuna, por lo que despues de haber echado mil indirectas á los circunstantes como para esplorar si estaban en ánimo de que continuasen la representacion, y viendo que todos se encogian de hombros, tomó el partido de constituirse en intérprete del

pueblo, y empezó á dar desaforadas voces de ¡*continúese la farsa*, *la farsa*!

Los estudiantes, enemigos por naturaleza de cuanto indicaba algun orden y silencio, quisieron oponerse á los deseos del flaco y asendereado poeta; pero instruido el justicia de lo que pasaba, mandó que se acabase la representacion para que sirviese de pasatiempo y solaz á los ricos-hombres aragoneses. Hé aqui por segunda vez á nuestro Pedro Nebrija creyéndose en la suspirada situacion de que personas de alta categoría reconociesen al fin el mérito sublime de su obra. Sin embargo, nadie volvia la cabeza hácia las arlequinadas figuras de la alegoría, antes complacíanse todos en la ruda franqueza que mostraban los marinos de allende, gente poco ceremoniosa y delicada, hecha á despreciar los furores del mediterráneo, corriendo terribles andanzas por las costas de Grecia y de Italia.

Era de notar entre ellos un cierto Jaime Borrasca por jactarse, á fuer de buen marino, de enderezarlo todo por

el camino recto, y nunca encajonarse la hipócrita máscara de los cortesanos. Este hombre, de simple marinero que era en las armadas del rey, ascendió por sus pasos contados al importante empleo de piloto, hasta rematar en el de capitan de una galera de tres bancos. Como los ministros plenipotenciarios para consolidar la paz debian pertenecer indistintamente á las cosas de mar y á las de tierra, nombraron uno de tantos al intrépido Borrasca como varon inteligente en altercados navales y en el tráfico mercantil de aquellos reinos.

Trasladado, por decirlo asi, desde la cubierta de su buque á los alcázares de Sevilla, hallóse con un mundo nuevo, sembrado de asechanzas y malicias, sin poder contar con la palabra de las gentes, ni averiguarse con la táctica infernal que observaban los magnates en la corte. Mas no por esto se turbó ni anduvo como á tientas en aquella Babilonia de Castilla, antes rompia siempre por medio, burlándose á cara descubierta de

las ceremonias que le fastidiaban, y procurando hacer su santa voluntad á pesar de cuantos heraldos, maceros, farautes, pages, reyes de armas y alabarderos llenaban los salones, galerías y pórticos del alcázar.

Figúrese el lector si un hombre tan poco aficionado á guardar miramiento á nadie se condenaria voluntariamente al suplicio de aburrirse con la soñolienta alegoría de Nebrija. A pocos momentos de mirarla empezóse á menear en el asiento como si le viniese estrecho ó le estuviesen pinchando; continuó despues con media docena de bostezos mas soporíferos si cabe que la obra misma del ingenio sevillano; hasta que viendo que de ningun modo podia despejar la incógnita de sacudirse aquel malditísimo avejorro, revolvió los ojos por el bullicioso concurso, dijo al de su lado que aquello ya no podia aguantarse, y poniéndose en pie sobre el catafalco que les servia de tribuna, llamó la atencion general soltando bruscamente la voz á semejantes razones.

—Amigos jornaleros y artesanos que formais el alegre público de esta capital, sabed que si bien me veis embaulado en este holgadísimo ropon ni mas ni menos que si fuese un arcipreste, he pertenecido á la clase ínfima del pueblo antes de cortar, por mi buena suerte, la cabeza á mas de veinte gabachos, y de abordar sus famosas capitanas. Háme quedado con todo cierta aficion á la gente ordinaria, de manera que en cualquiera ocasion lo mismo la protejo y me divierto en sus bullicios, pasatiempos y cantares. Venia yo muy hueco á esta fiesta por figurárseme que, como dispuesta por los honrados gremios de Sevilla, habia de ser el *non plus ultra* de la diversion y algazara, pero os aseguro que á tener entendido que esto ha de acabar en la original y suspirada eleccion de un *padre de los locos*, tal es la hora que ya hubiera vuelto la espalda, y estaria holgándome honradamente en la mas próxima taberna. ¿Qué diablos haceis escuchando á sangre fria las sandeces de aquellos charlatanes, que

parece que se van á pegar y á tirarse del viejo armatoste sin que nunca acaben de realizarlo, sin embargo del gusto que nos darian en ello? Ea, echémoslos de una patada, y solacémonos en buen hora con el nombramiento de un *padre de locos* que pueda dar envidia á todos los que arrastran sedas en vuestros sublimados alcázares. ¿Sabeis cómo lo practicamos en mi tierra?... Nos reunimos la gente aficionada y juguetona en una bodega del tamaño de esto: ábrese en la pared un agujero por donde quepa un rostro humano: unos tras de otros vamos asomando la gaita por él haciendo todos los esfuerzos imaginables para presentar el mas ridículo gesto, la mas estrafalaria caricatura que hayan visto los nacidos, y el concurso aplaude, revienta de puro reirse, y adjudica por aclamacion unánime el dictado y las prerogativas *de padre de los locos* al ingenio que mas feliz se muestra en tan discretísima lucha. Ahora bien: ¿quereis que sigamos esta laudable costumbre? Os aseguro, hermanos,

que es cosa asaz divertida, y que no calienta la mollera como la maldita algarabía de esos bárbaros del catafalco. Si quieren ser del juego no tienen mas que asomar esas caras pintarrajeadas, barbudas y mal bigotudas, que desde ahora les anuncio que no solo se divertirán, sino que le han de andar muy cerca al pícaro que gane el premio.

Petrificado el poeta al eco de un discurso tan solemnemente bestial y resuelto, no pudo por mas que quiso abrir los labios para confundir al grotesco orador que acababa de pronunciarlo, ni tampoco se lo hubiese permitido la algazara del concurso aplaudiendo hasta las nubes una proposicion que alhagaba su índole bullanguera. Aquello no fue una pluralidad, ni como dicen nuestros actuales ingenios una grande mayoría, sino un caos, una confusion, un universal trastorno tanto para ensalzar la idea del marino como para disponer la sala de modo que pudiesen dar inmediatamente principio á la fiesta. Estudiantes, jornaleros, hampones, ra-

meras y gitanos acudieron en tropel á descuadernar el tablado, á tirar de las tapicerías, á dejarlo todo desembarazado y corriente para que se revolviese el concurso y pudiese presenciar mejor el mérito de las caras que se atravesasen por el breve diámetro del agujero. Por supuesto que el justicia mayor, los prelados y demas personas de su séquito se retiraron llenos de escándalo y vergüenza al oir la impertinente indicacion del capitan Borrasca, lo cual dejó mas campo al populacho alli reunido para entregarse sin freno á descompasadas locuras.

Lo primero que hizo fue buscar en los prolongados lienzos de aquellas paredes una claraboya ó ventanilla que viniese al caso, y no le fue dificil advertir cierto óvalo de gótica construccion correspondiente á pieza muy capaz, y contigua á la que llevaron los tablados, el escenario y la tribuna, á fin de que encaramándose por ellos la persona gesticulante lo alcanzase en términos de poder asomarse en su afiligranado círculo. Establecióse por prin-

cipio que todos los aspirantes ó aspirantas al honroso dictado de padre ó madre de los locos se mantendrian con la cara tapada en la estancia de que acabamos de hablar hasta el momento de sacarla á lucir, al efecto de prepararse á presentarla al público mas fea, estravagante y horrorosa. Todo lo veía el capitan Borrasca, todo lo arreglaba, y desvanecía las dudas y alentaba con su actividad y su voz corpulenta á la muchedumbre, atropelladamente ocupada en tan originalísima tarea.

Al fin apareció una figura por el óvalo con los ojos ribeteados de encarnado, la boca estraordinariamente abierta, arrugada la frente, desconcertados los músculos del rostro, y tal aspecto de deformidad, que hizo prorumpir al concurso en la risotada mas bulliciosa y recia que hubiese resonado en aquellas compactas bóvedas. Otra cara no menos original sucedió á esta: nuevas risas, nuevas palmadas: otra y otra y otra anduvieron pasando por el óvalo como las fantasmas de un espantoso sueño, y siempre causaron á los

espectadores los mismos raptos, los mismos vértigos, los mismos movimientos de loca alegría y frenético entusiasmo. No sabemos en efecto qué especie de embriaguez inmunda habia en este pasatiempo, capaz de dar al traste con la moderacion y compostura del hombre mas bien reputado y sesudo. Figúrense los lectores una serie de caras presentando las mas estremadas líneas de la geometría, una coleccion de caricaturas en que se pintaban todos los afectos humanos desde la cólera á la lujuria, una rápida creacion de gestos representando todos los de la vida humana desde las imperceptibles arrugas del recien nacido hasta los abultados sulcos de la vejez moribunda... figúrese, en una palabra, las fantasmagorías de un delirante, los raros caprichos del pincel de Golfo, los mascarones, cariatides y cuantos humanos rostros orejudos, asnales, desesperados, boquiabiertos colócanse por adorno en edificios públicos, y tendrá una idea todavía amortiguada del efecto que habrian de producir en su ánimo los visa-

ges que iban apareciendo y desapareciendo por entre las mágicas líneas de aquel óvalo fecundo. No parecia sino que se hubiesen dado cita los mascarones de todas las galeras de Rodas, los ángeles de retablo, los genios arquitectónicos, las caprichosas máscaras del carnaval de Venecia, y cuanto figuron hacia un decoroso papel en tapices flamencos ú orientales alfombras. Y lo que contribuía sobre todo á dar á semejante escena un carácter de animacion y movimiento que alejaba toda fórmula de regularidad y orden, era el brutal ascendiente que ejercían estas sucias monstruosidades en la muchedumbre transformándola en una reunion prostituida y sin freno no menos soez que inmoral, desencadenada y báquica. Chispeaban por encima de sus oleadas, ojos ardientes, lascivos, constantemente clavados en el óvalo; abríanse enormes bocas para tabernarias carcajadas, levantabánse callosas manos con objeto de dar estrepitosísimos palmoteos, y notábase en general un concurso ébrio de placer, incapaz

de contenerse en los límites del salon ni de contentarse ya con un espectáculo que acababa de sacarlo de sus quicios.

— ¡Bien pensado!...

— Esta es mejor...

— Esta no vale nada...

— Mira la de ahora, Sanchica; ¿no te parece un toro cuando ruge?

— Pero le faltan los cuernos.

— ¡Ah!... lo único en que no se asemeja á tu marido...

— ¡Esta las vence todas!... ¡viva, viva!...

— ¡Qué monstruo!...

— Ni mas ni menos que tu padre, Mariblanca...

— Dile á ese bruto que se recoja las orejas, pues no puede pasarlas por el óvalo...

Pero es fuerza hacer justicia á nuestro amigo Lucas de Molendino. Sin manifestarse fatigado de tanto traqueo, revolvíase aun en torno del alto chapitel, soltando tan roncos y destemplados gritos, que mas que colegial parecia una furia del

abismo. No hacia puntas su alegría con la que suelen mostrar pícaros de cocina, marineros y galeotes, sino con la que manifestarán sin duda los espíritus del infierno en sus horribles conciliábulos. Este rabioso frenesí contrastaba de un modo lastimoso con el resignado y melancólico talante de nuestro buen Pedro Nebrija, el cual habia visto como si fuera un sueño aquella súbita revolucion de tablas, bancos y tapicerías viejas que tanto decoro y realce habian de dar á su malogrado drama. Maquinalmente habia seguido con los ojos el movimiento simultáneo de tantas personas hasta colocarlos tambien, como llevados de una fuerza magnética, en el dichoso óvalo donde se dibujaban tan varias fisonomías. Perdióse en huecas y altisonantes declamaciones al volver de aquel momentáneo enagenamiento, y mil veces estuvo tentado de asomar tambien su macilento rostro por el dichoso agujero y hacer siquiera una mamola á un público en tales términos descontentadizo é ingrato.

—— Pero no, díjose á sí mismo con ange-

lical mansedumbre, la venganza fuera indigna de un filósofo, y mucho será que el divino influjo de la poesía no triunfe del que puedan tener esas monstruosas figuras.

-- ¡Hola, amigo! continuó volviéndose á cierto hidalgo de mediana edad y mas que mediana corpulencia, el cual apoyado en una de las columnas del salon aun contemplaba el sitio en que representarse debia la alegórica farsa: os doy gracias de todo mi corazon, pues veo por vuestra actitud hasta dónde llega el respeto que profesais á las musas. Pero sosegaos, hermano, que no ha de quedar sin recompensa una fidelidad tan peregrina. Prométoos que pasará vuestro nombre á la posteridad. ¿Cómo os llamais?

— Nuño de Alcarria; mayordomo, para serviros, del conde de Santistevan.

— Pues bien, señor Nuño de Alcarria, repito que este nombre ha de ser respetado en las edades futuras. El único sois por vida de mi padre que haya dado muestras de pesar al ver cómo bárbara-

mente interrumpieron la representacion de la famosa alegoría. ¿Qué os parece de su mérito?

— De manera, repuso el buen hidalgo despues de haber tosido y limpiádose el pecho, que si preguntais como me figuro por el de los ropones medio turcos, medio cristianos, mejor los cortara el sastre de que me sirvo para la gala y buen aseo de los criados del conde mi señor... ahora en cuanto...

Interrumpióle á despecho del poeta tal diluvio de víctores, silbidos, carcajadas y aplausos, que no parecia sino que el alcázar se estuviese desplomando.— ¡Viva! ¡viva! ¡valiente gesto! gritaban á la vez: ¡hé aqui el padre de los locos!...

Habíase efectivamente atravesado por el óvalo la mas horrenda cara que imaginarse pueda, tan fea, tan hedionda, tan disforme, que sobrepujaba la que se habia formado cada cual en su propia imaginacion, exaltada con el tumulto de la fiesta. Celebrábala el capitan Borrasca como un loco, y Tomas Cortante, aquel

desvergonzado mendigo de la llaga postiza, se confesaba vencido, sin embargo de que su cara, naturalmente desencajada y brutal, alcanzaba una flexibilidad prodigiosísima para convertirse en horrorosa. Inútiles serian nuestros esfuerzos si tratásemos de dar al lector una idea de aquella abierta y espatarrada nariz, de aquella boca en forma de herradura, del verdinegro ojuelo que brillaba sobre ella mientras entre gruesos berrugones desaparecia el compañero; de aquellos mal colocados dientes asomando por entre los labios como las almenas de un arruinado castillo, de las cerdas que se erizaban en lo alto de la bestial cabeza, y sobre todo de la especie de hediondez de toda aquella fisonomía, revelando mas bien una nueva raza de monstruos que ninguna especie de animal ya conocido.

Por consiguiente las aclamaciones fueron vigorosísimas y unánimes. Lanzóse en tropel una parte del concurso al aposento contiguo para sacar en triunfo al bienaventurado padre de los locos; pero

¡cuál sería el pasmo del inmenso gentío al ver que aquella diabólica figura, aquella monstruosa vision era, sin mezcla de artificio ni esfuerzo, el propio y naturalísimo semblante del que acababa de vencer en fealdad á la feísima canalla de Sevilla! Añádase á ello que la disforme testa estaba colocada sobre una caja de cuerpo cóncava por pecho y espalda, con dos enormes jorobas, y estas jorobas sobre dos piernas gruesas y retorcidas á manera de paréntesis. Formaban rústica armonía con ellas prolongados brazos, anchas manazas, larguísimos pies, y no sé qué mezcla de agilidad y prodigiosa fuerza entre este raro sistema de configuracion, ofreciendo una nueva escepcion del orden natural de las cosas, que quiere que la agilidad y la pujanza sean, como la belleza, un agradable resultado de simétrica disposicion y equilibrada armonía. Tal era en compendio el padre de los locos que acababan de elegir; tal el monstruo que compararse podia á un ridículo compuesto de los descompasados

miembros de un gigante, á pesar de su pequeña y desproporcionada estatura. En cuanto apareció debajo del arco de la puerta este embrutecido cíclope, teniendo tanto de ancho como de alto, con su ropilla sembrada de campanillas, y su aire al propio tiempo agreste, malicioso y estúpido, reconociéronle los circunstantes, y pusiéronse á gritar: *este es Cuasimodo, el campanero de la catedral, el horroroso enano del cabildo, la verdadera efigie de Luzbel...*

-- Cuidado con las preñadas, esclamaban los estudiantes.

-- O con las que desearian estarlo, añadió el Lucas de Molendino.

-- ¡ El demonio del mico !... decian las mugeres tapándose efectivamente el rostro.

-- No menos pícaro que feo, comadre.

-- Ahora os digo que es el propio diablo en persona...

-- Pero al fin vosotras no teneis la desgracia de vivir junto á la Seo, y de que por la madrugada pasée vuestros tejados...

—— ¿Revuelto con los gatos, eh?...

—— En efecto, como que se divierte echándonos porquerías y maldiciones por la chimenea...

—— ¿Pues no vino la otra noche á asomarse por mi rejilla al tiempo de meterme en la cama?... estremecíme toda, comadre, y en Dios y en mi ánima que me halló la luz del dia rezándole á la Vírgen del Buen Parto para que me librase de la perversa ojeada de ese brujo.

A todo esto los hombres se alegraban en estremo, y aplaudian al monstruo con frenético entusiasmo. Cuasimodo empero, á pesar de ser objeto de tanta algazara y tumulto, manteníase sombrío y grave debajo del arco gótico de la puerta que hemos dicho, dejándose admirar y aplaudir sin dar muestras de sensibilidad ni de agradecimiento. Uno de los estudiantes mas traviesos fuese á él para pasar por entre el paréntesis de sus piernas; pero agarrándolo el otro de la cintura, arrojólo por encima de la gente á mas de veinte pasos de distancia, con tanta serenidad y

facil empuje como si fuera cosa aérea y liviana. Maravillóse de esta pujanza el capitan Borrasca, y acercándose al jorobado acariciólo con la mano, como se acaricia á un oso de desmesurada grandeza, endilgándole al mismo tiempo mil elogios, sin que Cuasimodo diese señal ninguna de entenderlos.

—¿Sabes, decíale, que te he cobrado cierta aficion, y que desearía te vinieses á comer conmigo aunque hubiese de dar diez alfonsis al bodegonero?

Pero ni por esas; Cuasimodo no respondía.

—¿Serías sordo tambien en nombre de todos los diablos? esclamó el aragonés.

En efecto lo era, y empezando ya á incomodarle las franquezas de aquel brusco embajador, revolvióse súbito hácia él con los puños cerrados y tan iracundo crujimiento de dientes, que el gigante marino retrocedió tres pasos ni mas ni menos que un perro de presa ante las uñas de un gato enfurecido. Describie-

ron entonces en torno de Cuasimodo un círculo de respeto y de temor que tenia por lo menos quince pasos geométricos de radio, y en tanto esplicaba una vieja á Maese Borrasca lo de su estúpida sordera.

--¡Cómo sordo! decia el marino con bárbara risotada: vive Dios que no le faltaba otra gracia.

--Lo mismo que una tapia, respondió Lucas, que ya habia bajado de su chapitel para ver de mas cerca lo que ocurria: le conozco mucho, porque es el campanero de la catedral, y una especie de hijo adoptivo de mi sapientísimo hermano.

--No los hallaria peores en la inclusa del infierno, esclamó todo derrengado el estudiante á quien tiró poco antes: ¡maldita bestia!... jorobado si se le mira, tartamudo de piernas cuando anda, especie de infernal vision cuando os otea, y animal salvage cuando en vez de hablar os gruñe.

--¿Y qué hace ahora de su lengua el demonio del babieca?

-- Pues cuando quiere bien la menea, repuso una vieja, que solo ha quedado sordo á fuerza de voltear las campanas.

Al mismo tiempo los asquerosos mendigos, los desgarrados hampones, los malignos pages y los traviesos estudiantes habian corrido á buscar la coraza de carton, el manto de desteñida púrpura, la corona de oropel y demas insignias que caracterizaban al *padre de los locos.* Asi que las trajeron acomodáronselas á porfia, dejándose Cuasimodo revestir de ellas con cierta docilidad arrogante y desdeñosa. Colocáronlo despues sobre unas andas, y levantándolo en hombros empezaron á llevarlo en triunfo en medio de una mogiganga estravagante, bulliciosa y pordiosera.

Amarga y selvática alegría animó los monstruosos rasgos de aquel cíclope al contemplar bajo sus disformes pies las cabezas de tantos hombres altos, bien formados y bellos. En esto levantaron al cielo horrorosos alaridos, entonaron las-

civos cantares, y fuéronse con aquel espantajo repitiendo los vivas á dar vueltas por las calles mas públicas de la capital hispalense.



CAPITULO III.

La Esmeralda.

DEJEMOS ir nosotros á tan alegre comparsa, la cual habia de recoger en su carrera gentes mas desenfrenadas si cabe que las que la componian, y no abandonemos al pobre Pedro Nebrija, que con desabrido talante, apoyado siempre en su columna, habia visto la marcha de aquel andrajoso triunfo. Y no solo él permanecia aun en el salon, sino ciertas personas, si bastante bullangueras para haber tomado parte en el original pasatiempo del capitan Borrasca, sobrado poderosas para blasonar de livianas por las calles de Sevilla.

Dirigióse el poeta á algunas de ellas á fin de esplorar si habian sentido mucho la pérdida de su farsa, y cuando á fuerza de circunloquios y almibaradas frases lograba llamar la atencion de cierto cor-

ro en el que hacia un gran papel el bodegonero de San Anton y el hijo del sacristan de San Alberto, iglesia de mucho concurso sufragánea de la Seo, hé aqui que algunos estudiantes que se quedáran puestos á horcajadas en las ventanas para ver el efecto que producia la mogiganga al atravesar la plaza, soltaron alegres gritos de ¡*la Esmeralda*! ¡*la Esmeralda*! palabra mágica que deshizo el auditorio del menguado vate, dejándolo nuevamente entregado á sus solitarias reflexiones y despechos. Oíase al propio tiempo gran ruido de palmadas en la plaza, y repetir el nombre de Esmeralda con no menos entusiasmo que lo pronunciaron los estudiantes en el salon del arabesco palacio. . . . .

—¡Vaya un negocio estupendo! decia Nebrija: por un lado es harto probable que no me pague el alcalde del consejo los cincuenta alfonsis que me habia prometido en razon de mi heróica alegoría, y por otro veo desvanecerse mi última esperanza en la desaparicion de los

cuatro oyentes que acababa de reclutar con mi buena labia. ¡Valiente bárbaro es el pueblo de Sevilla!... malgastar su atencion en brutos aragoneses, en un marino salvage, en un perillan tan sucio como Tomas Cortante, en gestos hediondos, en desvergonzadas mamolas, en ridículas caricaturas, y no ponerla en la representacion de una alegoría tal sutil y sologísticamente trazada, es, no á mi pobre juicio, sino al de todos los doctos, la mayor prueba de estupidez y de ignorancia. ¡Qué diria si lo supiese el sabio Aristóteles ó el benemérito Nason! ¡Oh tempora!... ¡Esmeralda! ¡Esmeralda! ¿qué diablos de fuerza tendrá esta palabra semi-arábiga para que se alboroten las gentes y se arrojen por esas escaleras hácia la plaza? Vive Dios que vine con ínfulas de poeta, y he de salir del alcázar mas envilecido y cabizbajo que si me hubiese de sacudir trescientos la agujereada penca del verdugo.

Y asi diciendo, como ya empezaba á ser de noche, encaminóse tambien á la

escalera, deseando llegar á cualquier ángulo poco frecuentado de la villa, para consolarse soliloqueando de su desgracia, lo que equivale á decir, á que rociase con benéfico bálsamo el filósofo la delicada herida del poeta. Y bien hacia en buscar este consuelo, puesto que la filosofia era su último recurso despues que en razon del mal éxito de su drama no habia cobrado lo que debian darle por él, y carecía de medios con que satisfacer al casero Maese Crispin de Andorra, hombre miserable y brutal, á quien debia cuatro meses de alojamiento. Despues de un instante de reflexion acerca del sitio que escogeria para acostarse, pudiendo generosamente elegir entre las plazas, calles y callejuelas de Sevilla, acordóse de que ante el portal de la casa del justicia habia un banco de piedra puesto alli para que su señoría montase en su buena mula, cosa entonces muy comun en el umbral de las principales, y dando gracias al cielo de haberle sugerido idea tan propicia, arrojóse por el barrio mas

inmediato para hacer tiempo hasta la hora en que pudiese tenderse á la larga sobre la dura superficie del menguado lecho que le deparaba la suerte. Pero desde los primeros pasos columbró á lo lejos el vivo resplandor de las hachas de viento que alumbraban la mogiganga de los locos, espectáculo que recordándole el mal éxito de su alegoría, le hizo blasfemar de su destino y revolver hácia la izquierda por no verlo.

Andando á guisa de hombre perdido ó frenético, hallóse sin saber cómo en las riberas del Guadalquivir, y consolóse un momento con el espectáculo de sus limpias y fugitivas ondas. — ¡Asi huyen los hombres hácia la eternidad, esclamaba, y huye á par de ellos el aura de sonorosos aplausos, y el cáustico de desesperantes silbidos!... ¡Llévese el diablo la maldita impresion que me hicieron los de esta tarde!... no parece sino que un pícaro duende me los recuerda á despecho del genio filosófico en quien busco algun alivio.

Acometiéronle recias tentaciones de arrojarse al rio, que le precipitáran acaso á tal desesperacion si no considerase que la frialdad del mes de enero le ocasionaría una muerte sobrado penosa y terrible. — Y sobre todo lo que importa no es salvar el pellejo, sino la reputacion de verdadero filósofo. ¿No fuera mucho mejor, en vez de los disparates que pienso, barajarme en la fiesta, andar entre los joviales habitantes de la villa, y pagar con enérgico desprecio el poco caso que han hecho de una composicion digna de la sabiduría y el buen gusto del mismo consistorio romano? A lo menos sé que han levantado grande hoguera, á cuya benéfica lumbre me será fácil reanimar mis yertas carnes.

Entonces mohino y cabizbajo hundióse de nuevo por las lóbregas revueltas de la ciudad, en busca del fuego que debia ayudarle á pasar con algun consuelo una parte de tan desastrada noche. Es preciso advertir que las calles, las casas y hasta las gentes de aquella época concur-

rian á hacerla mucho mas tétrica y espantosa. En primer lugar la arquitectura de las habitaciones era tan poco simétrica, que lejos de contribuir á la alegría de los pueblos recordaba la triste dependencia de los vasallos y el orgullo de los varones. Como si las calles se preciasen de cierta correspondencia lúgubre con los edificios, eran sumamente angostas y curvas, formando líneas espirales, que cruzándose con otras igualmente enredosas y retorcidas, componian un todo misterioso, enmarañado y revuelto. Añádase á lo dicho que los lienzos que las venian á formar, si bien ofrecian de trecho en trecho algun alcázar, casa ó monasterio de noble apariencia, los muros que los cercaban, las almenas que los coronaban, las ferradas puertas y los hondos fosos indicaban á los transeuntes no solo el poder feudal de sus dueños, sino tambien la necesidad que de fortificarse tenian para hacer frente á los embates de algun descomedido varon, ó á las recias acometidas á los súbitos golpes de bárbaros

que enviaba el reino de Marruecos. Llenaban miserables casuchos el espacio que mediaba entre los edificios de esta categoría, mezclando, por medio de un repugnante contraste, la servidumbre y el poder, la opulencia y la miseria.

Navegando, pues, por esos tránsitos arabescos y confusos, llegó al fin nuestro famélico poeta á la plaza principal del pueblo, donde elevábase todavía ondeante y orgullosa la llama de la benéfica hoguera. Corrió á ella como hombre yerto de frio y escaso de alimento; pero no pudo acercarse tanto como deseaba, en razon al numeroso círculo de espectadores que tenia, no menos dispuestos á contemplar su magnificencia que á aprovecharse del calor que en torno despedía.

—¡ Pícaros sevillanos ! esclamó el pobre mozo, decididamente aficionado á fuer de poeta dramático á los monólogos : hélos alli que no me dejarán calentar despues de haber resfriado mi ingenioso caletre con el poco caso que han hecho de la alegoría. ¡Pues malditos sean de Dios

y de sus santos! ¿qué tiene de particular el fuego para que en derredor se apiñen con tantísima boca abierta?... Ahora les quisiera yo preguntar á esos bestias ¿si no merecia mas atencion la ropa talar y el rayo de mi pobre Júpiter, el bueno de Miguel Chaparro, que ese monton de ardientes tizones y combustibles maderos?

Pero examinando la cosa algo de cerca, advirtió que el círculo era mucho mas dilatado de lo que exigia el deseo de calentarse en el fuego público, circunstancia que avivó su curiosidad, y le hizo deslizarse sutilmente por entre la numerosa muchedumbre. Tropezó al principio con puntiagudos codos, con hombros sobresalientes, con robustos cuerpos; pero á fuerza de estrujarse, reducirse á la menor espresion y llegarse á convertir como si dijeramos en un hilo de agua, pudo irse escurriendo de la circunferencia al centro hasta tomar fondo en la quincuagésima fila. Ya llegado á tamaña altura, no le fue posible pasar adelante, é ingeniándose entonces en dirigir los ojos

por entre las gorras, orejas y espaldas de los que lograban mejor sitio en aquel público anfiteatro, vió que entre la hoguera y el recio paredon que formaban los espectadores quedaba un ancho espacio, en medio del cual danzaba con gentil donaire una lindísima doncella. Era tal la sutileza de sus contornos, la gracia de sus formas, el mágico vuelo de sus ingeniosos giros, que nuestro poeta, sin embargo de preciarse de filósofo, un si es no es materialista y epicúreo, dudó si aquel ser divino pertenecia á la familia de los mortales ó á la region de las hadas. Su estatura guardaba bellísima analogía con la señoril proporcion de todos sus miembros, y el brillo de sus miradas no era menos caprichoso y vago que las gallardas figuras que sobre una alfombra de Persia iba describiendo rápida su breve y pulida planta. No sé qué lánguido abandono habia en sus graciosos saltos, qué especie de poético delirio en el vértigo de sus giros, qué inocencia, qué dulzura en el mas leve de sus orientales movimientos, que he-

chizaba las potencias de todos, haciéndoles creer que el cielo hubiese enviado para su delicia el mas hermoso de sus ángeles, ó que abortara el abismo para su tentacion el mas seductor de sus espíritus. Manejaba por otra parte una pandereta con tanto arte y gallardía, que á veces parecia servirle de diadema, á veces de misterioso estímulo para dar airosos brincos ó tomar mas gentiles actitudes. ¡Feliz el mortal que hubiese merecido sus miradas ó pudiera rendir á sus plantas un corazon palpitante de admiracion y de ternura!

—¡Por vida de mi abuelo! dijo entre sí nuestro Nebrija, que parece una de las encantadoras sirenas que delicadamente pinta el pincel del voluptuoso Ovidio.

—Díganos de una vez la buena ventura, gritó una voz desconocida; y cayendo el poeta en que aquella ninfa, aquel angel, aquella musa, aquella dulce sirena no era mas que una gitana, quedóse frio, desapareciendo súbito de su exalta-

da mollera el áurea ilusion que le habia hecho olvidar su propia desventura. Pero por mas que hubiese en efecto enorme distancia desde una gitana á una diosa, repetiremos, aunque sintiésemos ofender al aristotélito coplero, sobresalía en la hermosura de aquella niña, en sus torneadas formas, en sus mágicas danzas, en la fosfórica luz de sus miradas, en todos sus perfiles, movimientos y figuras, no sé qué indefinible prestigio, no digo capaz de conmover el corazon mas bárbaro, sino de deslumbrar al sibarita acostumbrado á los encantadores placeres de Alhambra, y á las perfumadas delicias de los harenes de oriente. El mismo reflejo de la hoguera derramaba sobre semejante escena una luz misteriosa y fugaz, que inundando por decirlo asi á la jóven bailarina, ó envolviéndola entre móviles sombras, hacíala como aparecer y desaparecer, semejante á las fugitivas imágenes de un sueño leve, voluptuoso y seductor.

Entre la muchedumbre de rostros en

quienes igualmente reflejaba esta lumbre desigual, uno habia de perversa traza, mas hechizado y absorto en contemplarla. Su aspecto era áspero y sombrío, y aunque no pasase de los treinta y seis años, traslucíase en su calva frente y en las arrugas de la amarillenta fisonomía un alma pensadora y meditabunda, muy desemejante de la de los demas en un siglo que eran contados los hombres cuyo corazon ardiera por el ansia devoradora del saber. Revelaba no obstante la ardiente luz de sus hundidos ojos una vehemencia de temperamento singular, al paso que una complexion recia y un espíritu bastante despótico y varonil para atropellarlo todo cuando se tratase de alhagar sus enérgicas pasiones. Y estos ojos chispeantes como dos ascuas desde el seno de dos concavidades profundas, manteníanse fijos en la deliciosa zíngara, siguiéndola constantemente en sus voluptuosos avances y amabilísimos desvíos. Envuelto en ropage negro, y atisbando por entre las cabezas de los circunstantes, mostraba

temer que lo observasen: tal vez lanzaba un suspiro que revelaba hondas pasiones y envenenados combates, tal vez abríanse sus labios para una sonrisa, que en lugar de atraerse la benevolencia de las gentes, indicábales reconcentrado furor y ponzoñosos delirios.

Cesó en fin la ligerísima danza de la gitana, desvanecióse el encantado vuelo de sus giros, y el pueblo rompió en sonoroso aplauso llenándola de víctores y bendiciones.

—¡Jaliz!... gritó ella con un metal de voz el mas dulce que hubiese herido los oidos de Nebrija; y levantándose una cabrita no menos festiva y graciosa que su ama, con los cuernos y las patitas doradas, y llevando un brillante collar de cristales de diversos colores, fuese hácia la gitana no menos obediente que solícita.

Y bien, Jaliz, es fuerza que me ayudes á merecer la indulgencia de estos señores. Vaya, dime por tu vida en qué mes estamos.

Y la dócil cabrita, levantando una de

las piernas delanteras, dió un golpecito muy decoroso y suave sobre la sonora piel de la pandereta que su ama le presentaba.

Corrian efectivamente los dias del primer mes del año, y todos unánimemente celebraron aquella inesperada muestra de habilidad é inteligencia.

-- Vamos, Jaliz, continuó la niña volviendo con suma gracia la pandereta, ya que segun me dices nos hallamos en el mes primero, señálame si te place á cuántos dias.

Y levantó segunda vez el áureo piececito, é hirió siete veces la pulida pandereta.

-- Pero escucha, Jaliz, prosiguió la gitanilla volviendo siempre con suma velocidad y donaire el instrumento: ¿tendreis virtud para indicarme qué hora es?

--Siete golpes dió entonces la cabrita al propio tiempo que marcaba la campana de la catédral otras tantas horas. El pueblo permanecia como extasiado en vista de tales maravillas, y no hacia mas

que desahogar su imaginacion en fogosas esclamaciones y estrepitosos palmoteos.

-- Esto ya me huele á brujería, gritó interrumpiendo sus víctores una voz sepulcral y siniestra: volviéronse algunos, y por el movimiento convulsivo de los labios conocieron que nadie la habia soltado sino aquel hombre envuelto en bayetas talares que tenia constantemente fijos en la gitanilla unos ojos de víbora. Perdió la pobre niña el color al eco de esclamacion tan maligna; pero desapareciendo su fugaz inquietud en fuerza de los tumultuosos vivas del concurso, recobró el natural gracejo, y siguió interrogando á la cabrita en estos términos:

-- Ahora bien, Jaliz, vamos á ver con qué mesura anda detras de la procesion el justicia mayor del señor rey.

Levantóse el animalito sobre sus patitas traseras, y púsose á balar, marchando con tan grave continente, que los circunstantes pensaron morir de risa.

-- Muy bien, Jaliz, eres el mas discreto de cuantos bichos se guarecieron en

el arca; pero quisiera todavía que me mostrases el gentil talante con que lee en su cátedra astrológica ese profundo Leviatan de Molendino, que puede dar lecciones al mismo diablo.

Sentóse la bestiezuela sobre sus cuartos traseros, y empezó á balar meneando al propio tiempo las dos patitas, ni mas ni menos que lo practicaba con sus manos el temible astrólogo que se propusiera por modelo. No hay que decir si subió de punto el fervor de aquel concurso: apenas creían el milagro de destreza que estaban viendo, y todos hubieran dado su corazon á la gitanilla, y los pocos ó muchos bienes que poseían, para comprar aquel sabio animalito.

— ¡ Profanacion! ¡sacrilegio!... gritó de nuevo el hombre calvo con hueco y enojado acento. Volvióse azorada la niña para ver quién era, y asi que tropezó con aquella cara misteriosa y sombría prolongó el labio inferior é hizo una donosa mueca que parecia serle familiar. Llevada al propio tiempo de un secreto instin-

to de recelo, alargó su pandereta para recoger lo que buenamente quisieran darle, y habia sido tal en efecto el entusiasmo de los espectadores, que los maravedises, cornados ó alfonsis apenas cogian en ella. Paróse en esto frente por frente de Nebrija, quien metió mano en el bolsillo sin acordarse en medio de su embeleso de que no tenia blanca.

—¡Diablo! esclamó hallando la realidad, esto es la pobreza en el fondo de sus faltriqueras; pero la hermosa no salia de alli, ni cesaba de mirarlo y tenderle la pandereta sin reparar en las gruesas gotas de congojoso sudor que asestaban en el otro la vergüenza y el despecho. Por supuesto que si hubiese tenido todo el Perú en su menguado bolsillo se lo habria regalado á la oriental bailarina, pero ni la América se habia descubierto, ni habia nacido Nebrija para ser acaudalado capitalista. Felizmente para él, otro grito de amargura en medio de tantas esclamaciones de placer vino á sacarlo de este apuro.

— ¿No te irás al fin, falsa sirena del Nilo? prorumpieron con chillon y destemplado eco desde uno de los ángulos de la sombría plaza: ¡ira de Dios en la pícara juglaresa!

Volvióse la infeliz desencajado el semblante, angustioso el corazon, y notó que no era ya la ronca voz del calvo misterioso, sino la de cierta muger reputada de santa por las ásperas penitencias que públicamente hacia.

— ¡La penitente de San Onofre! gritaron los muchachos al oirlo: ¡la penitente, que no tendrá que cenar! Y corrieron en tropel hácia el punto de donde salió el chillido.

Aprovechóse el industrioso Nebrija de la medrosa turbacion de la gitanilla para traspapelarse entre el concurso y no haber de confesar públicamente su miseria. Vínosele empero á las mientes que no habia cenado ni tenia un hospitalario rincon en donde recostar su helada frente, y bien que se preciaba de incrédulo filósofo, y que su aficion á la secta del

escepticismo hacíale mirar con cierta indiferencia estóica las amarguras de la vida, no fue tanta ahora su resignacion en vista de un porvenir tan solitario y hambriento, que no cayese abismado en lúgubre melancolía. Sacóle de ella el eco de un canto celestial, ejecutado por la gitanilla, no menos mágico y peregrino que las aéreas evoluciones de su danza y la admirable espresion de su belleza.

Destituido de complicacion y artificio, elevábase con dulcísima melodía cual si revelase los suspiros de un alma tierna, ó las dolorosas quejas de una jóven huérfana y desvalida. Los ojos, los labios, el ademan de la cantora guardaban cierta conexion con estos interesantes afectos: á veces enternecida ella misma soltaba algunas lágrimas arrancadas quizá por el suave recuerdo de las pasadas alegrías, á veces, animado su semblante con leve chispa de gozo pasagero é infantil, parecia olvidar sus penas entregándose á lisonjeras esperanzas é ilusiones. El efecto de este

canto, no menos suave que nuevo, fue tan vivo, que enterneció á cuantos lo oyeron, y bañó en lágrimas el pálido rostro del angustiado poeta. Y no es decir que dejase de espresarlo con cierta energía la gitanilla cuando asi lo pedia el espíritu de la letra, sino lo que mas resplandecia en sus originales raptos era aquella melancólica ternura que tan blandamente pintaba la triste situacion de una huérfana dotada de sensibilidad, inteligencia y donaire, al paso que sin mas recursos que los de una destreza sospechosa, ni otra recomendacion que la de pertenecer á los ranchos de tribu desgraciada y proscripta. Oigamos empero el romance que servia de misterioso intérprete á su tristeza.

Rio verde, rio verde,
tinto vas en sangre viva
desde que en tus claras ondas
murió gran caballería.

Murieron fuertes hidalgos,
señores de gran valía,
que el bárbaro de Granada
alcanzó con su cuchilla.

Huyendo va Sayavedra
por esa escalera arriba,
sin que de Alhamar escuche
la voz que rugiendo grita.

Deten, alcaide, las riendas,
que te perdono la vida
como me vuelvas al punto
tu mas hermosa cautiva.

La que pérfido robastes
en los campos de Almería,
y defendió de seis lanzas
esta férrea lanza mia.

Vuélvela, sayon, ó teme
la ponzoña de mis iras,
que es el mas veloz mi potro
de cuantos Arabia cria.

No te la vuelvo, responde
lleno de arrogancia altiva,
no te la vuelvo, que es Jaira
mi mas plácida delicia.

Si quieres que combatamos
por su gracia peregrina,
yo te doy campo seguro
en la opulenta Sevilla.

Pero el moro lo alcanzaba,
bien que el cristiano corria
sintiendo junto á su espalda
la sutil lanza enemiga.

Este melancólico canto habia levantado al principio el ánimo del poeta, y sumergídole despues en dulcísimo enagenamiento. Sin embargo, el instante fue rápido: la blanda sensacion desapareció de su pecho cuando la propia voz mugeril que habia interrumpido el baile de la gitanilla levantó el grito para interrumpir tambien sus patéticos cantares.

— ¿Todavía andas por ahí, cigarra

del infierno, esclamó colérica desde el oscuro ángulo de la plaza.

Y la pobre é inocente *cigarra* estremecióse de nuevo al son de aquella espirituada voz, siempre dispuesta á turbar sus placeres y á desvanecer sus ilusiones.

—¡Fuego de Dios en la sierra que asi rompe las cuerdas de la lira! esclamó el poeta.

—¡Llévese el diablo la penitenta! murmuraron los espectadores; y por cierto que sino se hallara emparedada en el hueco de su celdilla, acaso tuviera que arrepentirse de su mala intencion ó imprudencia. Pero distrájolos la mogiganga de los locos, que, llevando en triunfo al que acababan de elegir padre del gremio, derramábase en tropel por aquella plaza entre la algazara de mil víctores y el alegre resplandor de hachas de viento y resinosas teas. Si bien ya llevaba mucha gente cuando la vieron salir nuestros lectores del alcázar, habíase organizado en la carrera atrayendo á sus filas cuanto

habia en Sevilla de hampones, holgazanes, estudiantes y rateros. Abria la marcha el capataz de los gitanos, montado en flaco y llagado rocin, capitaneando un escuadron de su gremio, compuesto de los individuos mas ladinos de sus ranchos, no menos que de las mozas que obtenian mayor celebridad en ellos por su gracia y desenvoltura, su destreza en el baile y en repiquetear el tamboril y las sonajas.

Venian tras ellos los truanes, hermandad la mas respetada y temida del hampa, en cuyo mugriento barrio se puede decir que ejercía una autoridad despótica. Capitaneábala un jaqueton, especie de Monipodio, mirando á todo el mundo de soslayo y arrastrando una espada toledana de desmesurada anchura. Intencion picaresca, aliento varonil, desenfadados modales, manifiesta gana de aliviar á los transeuntes y de divertirse con ellos caracterizaban á los cofrades de este temible cuerpo. Distinguíanse tambien entre ellos los que solo hacian profesion de comprometerse para lances de muerte, gra-

duando de cobardes niñerías lo de repartir palos ó navajazos de media docena de puntos. Algunos de estos habian ya pertenecido al gremio de los *bravos* de Venecia, ó á las errantes cuadrillas de los *condottieri* que empezaban á hormiguear por las provincias mas florecientes de Italia.

Arrojábanse detras los andrajosos hermanos del arte de pordiosear, presididos por nuestro amigo Tomas Cortante, hombre á quien veneraba el hampa entera por el singular acierto y astucia con que hacia aparecer llagas en las partes mas angulares y huesosas del cuerpo, adiestraba á sus discípulos en el dificil ejercicio de cegueras y muletas, y les enseñaba sobre todo los plañideros tonos en que debian cantar para mover la compasion de los transeuntes, acomodándolos con sutil artificio al carácter de las dolencias y á la solemnidad de los dias. Rodeado, pues, de este mutiladísimo escuadron, grave, desdeñoso y cejijunto, venia sobre las andas que hemos dicho el monstruo llamado

Cuasimodo con gorra piramidal en la cabeza, purpúreo manto en los hombros, y empuñando una especie de cetro romano en muestras de su autoridad recien adquirida. Formábanle los estudiantes una guardia cívica, no menos notable que la pretoria si bien por distintas causas. Los gritos de estas gentes tan desgarradas y pícaras, y el del populacho que las acompañaba con panderetas, sonajas y tamboriles, llegaban hasta las nubes, y ponian de manifiesto no solo la rudeza de aquel siglo, sino la corrupcion de las grandes poblaciones marítimas.

Pero no es posible dar una idea de la arrogancia de Cuasimodo. Téngase presente que hasta entonces no habia probado mas que desprecios y desdenes, para que se conciba el deleite que recibiria al verse objeto de la veneracion de todo un pueblo, por mas que compuesto de gitanos, rateros, matones y mendigos. Tomaba por moneda corriente los sarcasmos, las ridículas genuflexiones, las irónicas palmadas, bien que no se atrevian tam-

poco á propasarse con él en razon á que el hombre era robusto, capaz de fatigar y vencer á media docena de forcejudos luchadores. No nos meteremos empero en si entraba en el analisis de las sensaciones que probaba, ni en el de las inspiradas por su nueva dignidad, puesto que el espíritu que se albergaba en aquel cuerpo tenia algo de estúpido é incompleto, bien asi como la caja que le servia de guarida. De consiguiente, lo que en verdad sentia era cierto instinto de placer y orgullo que le causaba gran satisfaccion, ya por no haberse visto nunca objeto de alabanza, ya por hallarse como actor en una de las mas estrepitosas algazaras de aquel tiempo. Y mientras mas lo contemplaban con curiosidad y recelo, y preparábanse los de la plaza á acompañar tambien y hacer la corte al terrible campanero, figúrese el lector cuál sería su admiracion al ver salir de entre las mismas oleadas del concurso aquel hombre sombrío, calvo y vestido de negro, enemigo segun trazas de la gitanilla, y arrojarse á las an-

das del jorobado, arrancarle colérico los emblemas de su ridícula autoridad, y pegarle y reprenderle con un lenguaje de signos convencionales cual convenia respecto de hombre tan sordo. Pero lo mas singular de esta imprevista escena fue que el campanero en vez de tirarse á él, y cebarse en desgarrarle las carnes con sus uñas y sus dientes, dejóse desnudar, golpear y reprender, cayó sobre sus propias rodillas, y manifestó el mayor respeto y sumision hácia aquel misterioso personage. Seguia entre ambos con pasmo de todos los espectadores el lenguaje simbólico de gestos y de signos, sin que por esto dejase de traslucirse la imperiosa cólera de aquel fantasma semilevítico, y la humillacion rastrera del selvático campanero.

— Vive Dios, esclamó Nebrija al descubrir del todo la figura del terrible incógnito, que no es otro que mi carísimo y sapientísimo maestro don Claudio de Molendino, á quien llaman Leviatan por lo mucho que alcanza con sus artes,

puro destello de ciencia angelical para unos, y en sentir de otros negro y ahumado tizon de los infiernos.

Interrumpióle una nueva ocurrencia. Cuasimodo iba siguiendo á Leviatan como un mansísimo cordero, y, vueltos ya los insolentes secuaces de su triunfo, de la admiracion que les causó el arrojo de don Claudio, quisieron defender al padre de los locos y castigar la audacia de aquel sabio, sin embargo de que era generalmente respetado y temido. Salieron los mas ladinos del rancho gitanesco, los mas valentones del hampa, los mas descarados y blasfemos de la pordiosería para lanzarse contra don Claudio y pedirle cuenta de su insulto, pero colocóse Cuasimodo delante de él, y enseñó los colmillos, levantó los puños, erizó el cuerpo, y presentóles en fin una fiera tan sumamente forzuda y rabiosa, que nadie quiso arrostrar sus envenenadas iras. En fuerza de este terrible ascendiente logró el campanero abrir paso al misterioso don Claudio, y cuando lo hubo sacado de aquel tropel de

gente mal intencionada, colocóse detras ofreciéndose siempre en retaguardia á guisa de un rabioso mastin, deseoso de despedazar y hacer trizas á los enemigos de su dueño. Tal era en efecto el horror que causaba su persona, y la idea que todos tenian de su rabia frenética, que un paso solo que diera, una mirada que echara hacia retroceder la compacta nube, y que se hundiese por aquel punto para dejarle libre espacio.

De esta suerte se metieron por calles tenebrosas y revueltas sin que persona alguna se determinase á seguirles. — ¿Qué diablos querrá hacer del campanero? dijo Nebrija; pero acordándose de que ni habia cenado, ni tenia donde acostarse, púsose otra vez mohino, é interrumpió bruscamente este nuevo soliloquio. Entre tanto la gente iba despejando la plaza, apagábanse las hachas de la mogiganga, y quedaba solo un gran monton de cenizas de la maravillosa hoguera. De consiguiente era preciso salir de alli, puesto que, sobre ser sumamente desabrigado el pavimen-

to de aquel espacioso local, corríase el riesgo de que tropezase con uno desde la aurora siguiente la mula pasicorta de un doctor, ó el caballo de batalla de algun paladin aventurero. Echó sus cuentas el poeta, y quiso andar buscando en última apelacion un sitio cualquiera donde tenderse antes de tener que recurrir al banco de piedra que servia de poyo al ilustre alcalde de la villa. Con esta determinacion, y llevado de no sé qué instinto á favor de la gracia y la belleza, arrojóse por cierta bocacalle de las mas lóbregas y angostas, pero la misma que habia tomado la gitanilla al retirarse de la plaza. Complacíase, acaso como buen alumno de Apolo, en el desprendimiento involuntario que hay en seguir á una persona sin saber adonde va, en la independencia fantástica de sujetarse á su capricho, en esta imaginaria línea algo intermedia entre la libertad y la esclavitud que alhagaba á un espíritu esencialmente misto, indeciso é incompleto como el de Pedro Nebrija. Y estaba tan persuadido de esta

verdad, que solia compararse á sí mismo con el sepulcro del falso profeta Mahoma suspendido entre dos piedras de iman que sin cesar se lo atraían y repelían desde la bóveda al pavimento. ¡Lástima por cierto que un ingenio de tal temple no se haya conservado hasta nuestros dias para que estableciese el justo medio entre clásicos y románticos!

Por lo demas no hay cosa mejor que no saber dónde tenderse para seguir con infatigable aliento á la primera muger que nos deslumbre. Asi es que desde que empezó á descubrirla lanzóse tras de ella con tal ímpetu como si dependiese de aquel norte toda su esperanza y su fortuna.

—Las gitanillas suelen tener abrigadas madrigueras y preciarse de corazon escelente. ¡Quién sabe si me la depara Dios para alivio de mis huesos!

Añadíase á esto cierta ilusion de otro género, cierta esperanza de misteriosa correspondencia que dejaba en el alma de aquel sutilísimo vate no sé qué agra-

dable aroma que casi le hacia bendecir los rigores del desabrigo y del hambre sin embargo de ser algo mas positivos que la volátil esencia de sus discursos. Y era tan agradable para él este pueril enagenamiento, que sufria como si le punzasen con una daga cada vez que le quebraban el hilo de sus abstracciones las palabras sueltas de gentes que, colocadas en el portal ó en las ventanas, se referian los lances de la jornada antes de darse mutuamente las buenas noches. Tan pronto eran dos viejas parleras y casquivanas, tan pronto honrados menestrales de los que no se acostarian por cuanto hay en el mundo sin media horita de sabrosa plática con el vecino del lado ó con el compadre de enfrente. Dificil de consiguiente sería dar al lector una muestra de lo impertinentes é insustanciales que parecian al poeta estos coloquios, y no porque dejasen de ofrecer cierta originalidad en la manera de concebirlos y endilgarlos, sino por el atroz claro oscuro que formaban con sus celes-

tiales delirios. Por ejemplo. — Sabeis que el frio aprieta, Maese Judas... — Y seguramente que mucho mas lo sabia el pobre poeta que el barrigudo panadero que lo anunciaba.

—Y como si lo hace, que no ha venido el tio Perinola sin embargo de habérselo prometido á mi muger, á quien sabeis que profesa singular estimacion y respeto.

—Todo se lo merece la Gertrudis; pero sosegaos respecto de la salud de Perinola, pues que andava repiqueteando el tamboril en la mogiganga de los locos.

—¡De veras!...

—De veras.

—Par diez que cuando Gertrudis lo sepa, mándole al desatento galan porfiada desventura.

Y dejábalos continuar el poeta su amena conversacion, y arrojábase de nuevo en su aurífera delirante esfera hasta que otros profanos volvian á distraerlo.

—¿Con que nada sabeis del lance del campanero? decia una vieja asomándose

por cierta ventanilla donde apenas cabia su arrugadísima cabeza.

—— Naica, comadre, respondiéronle de enfrente, y siento no haberle visto sobre las andas saboreando su triunfo.

—— ¡Ay! no os pese, que fue tal el asco que me dió el mastin, que pensé arrojar las tripas.

—— Mucho que sí, replicó la otra remilgándose; y yo que soy naturalmente miedosa y encogidita, conozco que si lo hubiese visto no podria pegar los ojos en toda la santa noche.

—— ¡Valiente invierno! esclamaba mas allá una voz gutural y resuelta saliendo del fondo de una fragua.

—— ¡Como que nada tendrá que ver con el de antaño! respondia un acento muy blando, que formaba singular contraste con el otro, desde una sastrería de la acera opuesta.

—— Todavía no hemos tenido hielos, terciaba con atipladísima voz un seise ó monacillo.

—— Pero mal que te pese tendrás nie-

ves, replicóle ásperamente un metal campanudo y profundísimo desde la casa de un sochantre.

Y este maldito cuarteto empezó á mover tal algarabía de preguntas, réplicas y contestaciones, que Nebrija se tapó los oidos dando ligeros brincos para salir pronto de aquel endiablado trecho. Lo peor era que á medida que iba andando no encontraba ya gente que hablase, sino gente que acababa de hablar, y que cerrando con descomunal estrépito puertas y ventanas, iban dejando las calles en espantosas tinieblas. No es de admirar que á veces perdiese enteramente de vista la gitanilla, pero volvíala á encontrar como hombre sumamente práctico en las vueltas y revueltas de aquel pueblo, y cuando á beneficio de algun rayo de doméstica luz contemplaba sus delicadas formas, su leve y donoso pisar, y los graciosos saltos que iba dando tras de ella la cabrita, no cesaba de aplaudir aquellos dos seres tan inocentes, amables y perfectos. Íbanse haciendo empero mas escasos estos ins-

tantes de iluminacion momentánea, ya porque se oyera desde mucho rato el toque de ánimas, signo de recogimiento universal en aquel siglo, ya porque se metian por los barrios y encrucijadas mas separadas del centro, y donde solo habitaban gentes miserables y sospechosas. Arrojábase con todo Nebrija sin vacilar en seguimiento de la gitanilla por entre aquel intrincado dédalo de tránsitos, callejuelas y travesías, mas parecidas al ovillo que enmarañan las uñas de un gato que á los ingeniosos ramales de una poblacion europea.

—¡Hé aqui unas calles que tienen bien poca lógica!... esclamaba tal vez con algun despecho; pero como adelantábase su guia sin reconocimiento, indecision ni tropiezo, supuso que conocia perfectamente el terreno, y que iba como flechada á determinado blanco. A todo esto ya la jóven habia advertido su porfia, y aun se aprovechó del reflejo de cierta luz ardiendo ante una imágen de la Vírgen para volverse á él y echarle una mirada inda-

gatoria. Sufrióla el poeta sin pestañear, é hízole suma gracia ver que como mohina de su tenacidad en seguirla, concluyese aquel exámen con la graciosísima mueca que ya le hemos notado. A pesar no obstante de toda su zandunga dió que pensar al poeta, en razon á que creyó advertir al traves de tan caprichosa monería no sé qué gentil desenfado é inocente despecho, que indicaba á tiro de ballesta cuánto le desagradaba su pertinacia, por lo que algo pensativo y cabizbajo colocóse á mayor distancia de la fugitiva hermosura. En esto dió lugar á que revolviendo por cierta callejuela la perdiese de vista. Apretó el paso al efecto de que no se le escapase; pero era tal la oscuridad de la calle, que en materia de ligereza quedábase muy atras de una persona que parecia estremadamente práctica en recorrerla. Oyóla soltar entonces un grito de dolor, y no haciendo caso de la lobreguez ni del peligro de tropezar con las irregularidades y ángulos sobresalientes de una y otra acera, echó á correr hácia la ca-

llejuela vecina para dar socorro á aquella interesante criatura. A beneficio de una mecha de estopa empapada en aceite, que ardía dentro de una jaula de hierro ante una Vírgen de las Angustias, vióla forcejando para desasirse de los brazos de dos desalmados que se esforzaban en sufocar sus clamores. Y la cabrita, asustadiza por naturaleza, amando por inclinacion á su señora, lanzaba lánguidos balidos como demandando tambien algun ausilio.

-- ¡Aqui del rey y de la hermandad santa de Castilla! gritó Nebrija corriendo con bravo aliento hácia los raptores sin acordarse de que era poeta silbado y famélico. Uno de los dos malvados volvióse furibundo hácia él, y al pálido reflejo de la luz de la revuelta reconoció el infeliz la monstruosa figura de Cuasimodo. Pero un secreto pundonor y el blando estímulo de cierta inclinacion á la lindísima gitana inspiróle bastante audacia para no retroceder, bien que el rechinamiento de dientes de aquel javalí

cortóle el ímpetu de avanzar. Llegóse Cuasimodo á él, ciñóle con sus robustos brazos por la mitad del cuerpo, y haciéndole perder todo el equilibrio ni mas ni menos que si arrancase un árbol de cuajo, arrójolo contra la misma esquina, y tomando despues la gitanilla echó á correr con tal desembarazo como si solo llevase una liviana seda. Seguíalo aquel don Claudio, á quien hemos conocido al vislumbre de la hoguera, é iba saltando tras de ellos la cabrita con lastimeros balidos y echando la última pincelada á aquel doloroso rapto.

—¡Que me matan! ¡socorro! esclamaba con dulcísimo y penetrante acento la doncella.

—¡Alto, alanos del hampa!... gritó á deshora una voz recia y bien entonada.

—No le hagas caso, dijo el hombre calvo á su satélite.

Pero saliendo al mismo tiempo de una encrucijada un capitan de flecheros de la guardia real, armado de punta en blanco y montando un brioso bridon, ar-

rancó la hermosa niña de los brazos de Cuasimodo, y colocóla sobre el arzon delantero de la silla. Vuelto el terrible jorobado de su primera sorpresa, lanzóse á él para de nuevo arrebatarla, al tiempo que llegando como media docena de flecheros de los que hacian la ronda con su capitan, por orden especial del justicia mayor de Castilla, lo cercaron, lo maniataron, y trataron de llevárselo para sepultarlo en alguna de las cómodas cárceles de aquel tiempo. En valde mordia las cuerdas, arrojaba por la boca ardiente espuma, soltaba rugidos capaces de poner espanto á cualquier hombre mortal: si hubiera sido de dia su sola facha era capaz de sorprender y amilanar á sus perseguidores, pero quitábale la noche este inesperado recurso de defensa. Por lo que hace á su compañero, habia desaparecido desde la primera embestida, perdiéndose por las sombras á manera de ave enemiga de la luz, que busca siempre cómo envolverse en lóbregas tinieblas. En esto acomodóse sobre el caballo

la gitanilla, y apoyando las delicadas manos en el escudo de su libertador, contemplólo al incierto rayo de la luz de la revuelta algunos momentos, como admirada de su bellísimo aspecto y reconocida á su oportuno socorro. Al fin terminó esta escena muda preguntándole con voz sumamente melíflua y sonora:

—¿Será lícito á una infeliz, señor capitan, preguntaros vuestro nombre?

—¿Mi nombre?... llámanme el caballero del Febo, lindísima flor de mi patria.

—A quien vivirá eternamente agradecido el corazon que aqui palpita...

—¿De veras? interrumpió el guerrero con sonrisa amable y gallardeándose en la silla.

—¡Ah! no me hagais la injusticia de dudarlo... por desgracia, á estéril agradecimiento limitarse debe mi sincera gratitud.

—Pues no soy de ese parecer, reina mia, repuso el del Febo retorciéndose los bigotes, y atravesando con ar-

diente mirada el pálido semblante de la niña.

— ¡Oh! ¡nunca se borrará de mi pecho vuestra bellísima imágen!...

Y saltando al suelo como avergonzada de la tierna esclamacion que acababa de escaparse de sus labios, dió cuatro brincos semejantes á las sueltas ninfas que alegraban antiguamente las solitàrias selvas, y desapareció como un rayo á la vista de los pasmados flecheros.

-- ¡Por vida del rey don Pedro! esclamó el capitan; ¡como por ensalmo nos burló la hechicerilla!

-- Triste condicion del soldado, señor caballero, dijo el cabo de aquellas gentes: escapóse la paloma y quedóse el gavilan en nuestros brazos.

-- Pues apretarle las clavijas, á ver si por el hilo sacaremos el ovillo.

-- Mucho: venga acá y no me ruja, perro mastin...

-- Dale con el arco para que ande...

-- Aqui: delante de mi caballo, so pícaro: no me corcovee: recto, recto,

que no vamos á ningun muladar, sino á las espaciosas cárceles de Sevilla.

Y Cuasimodo iba marchando delante de ellos, revolviéndose, gruñendo y manifestando de mil modos su furibundo deseo de venganza.



CAPITULO IV.

El Gampa.

No podemos dejar de decir al benévolo lector, para sacarle del cuidado en que sin duda le tiene el recio batacazo de nuestro carísimo poeta, que si bien de pronto se le formó en la cabeza una especie de vértigo quedándose como amodorrado en el hueco que formaban dos casuchas algo sobresalientes, no tardó en rebullirse y sentir áspera impresion de frio, sobre todo por aquella parte del cuerpo que estaba besando el pavimento. — ¿De dónde diablos me viene esa frialdad? preguntóse á sí mismo haciendo un esfuerzo á fin de incorporarse; pero al apoyar para ellos las manos contra el suelo advirtiólo sumamente húmedo, de donde vino á deducir que aquel ángulo, aquel recodo hueco en forma de concha era un maldito recipiente de las inmundicias

de las habitaciones inmediatas. — ¡ El demonio del jorobado! murmuró entre dientes, no parece si no que quiso hacer conmigo la pasion. Al fin, segun dictámen del doctor Abelardo, menos riesgo corre la salud en un charco de agua cenagosa que en las puras ondas de la fuente mas cristalina. No sigue del todo esta opinion don Claudio Leviatan, ó Molendino, mi venerado maestro... pero ahora que me acuerdo, ¿no andava con el campanero en persecucion de la sirena de Egipto?...

Y recogiendo los espíritus, como suele decirse, púsose á recapitular los sucesos de la noche, y acordóse en efecto de que Cuasimodo llevaba un compañero calvo, vestido de negro, sombrío, y dibujóse en su atribulada mente la lóbrega y misteriosa imágen de don Claudio.

— ¡Por vida de mi padre, que sería estraño lance! esclamó al fin: porque ¿qué diablos de materias tiene que tratar el Leviatan con esa mariposilla del hampa?... si acabase de danzar por las riberas del Nilo, si de recorrer la del sacro-

santo Jordan, ya lo entiendo... pero todas sus artes solo hablan á las pasiones del vulgo, no á la penetracion sublime de varon tan profundamente versado en las ciencias cabalísticas.

Y una vez metido en su inclinacion favorita de soliloquear, andúvose perdiendo por un maremagnun de reflexiones y réplicas de pros y de contras, de probabilidades é hipótesis, hasta que lo arrancó el frio de aquel círculo ideal, recordándole por la vigésima vez que el vientre sonaba hueco, y que el cuerpo no tenia por donde echarse. Pues señor, no hubo mas que abandonarse á la suerte, y engolfarse de nuevo por las calles, encrucijadas, callejones y revueltas, sin norte, sin esperanza, sin guïa, deseando topar cualquier lance que llevase visos de aventura para ver si salia de aquel enredoso caos. Al fin tropezaron sus pies con un bulto, y al inclinarse para reconocerlo advirtió que se rebullia, y que convirtióse en hombre que andava á gatas, arrojaba una voz plañidera de sus

encogidos miembros, pidiéndole por caridad una limosna.

—Llévete el diablo, dijo Nebrija; no parece sino que adivinaste la riqueza del hidalgo á quien acometes.

Apretó el paso por una rápida pendiente que conducia á un recinto mucho mas lóbrego y apartado que las arabescas calles que acababa de correr, pero iluminado por un lejano reflejo de hogueras que inspiraba al famélico vate esperanzas bienhechoras. Como á la mitad de aquel declive acometióle un cojo metiendo desaforado ruido con el complicado manejo de una pierna de palo y dos muletas, y nuestro ingenio, que se moria por las comparaciones clásicas, creyó ver en su original aspecto una trípode viviente de Vulcano. Por lo que hace al estrafalario personage, quitóse de la cabeza una gorra mugrienta, y arrimándola á las barbas de Nebrija, suplicóle por amor de Dios que siquiera echase en ella un par de alfonsis.

—¡Pues no parece sino que se ha-

yan apostado esos pícaros para divertirse con mi cuerpo!...

No bien lo habia dicho, cuando abordáronle un ciego y un estropeado pidiéndole algo para cenar con voces tan desaforadas y plañideras, que el otro tuvo que taparse los oidos y tomar un mediano trote al efecto de sacudirse aquellos impertinentes moscones. Sin embargo, ni por esas pudo lograrlo, pues que trotando igualmente el cojo, el ciego y el que andava á gatas, iban como á media vara de distancia del poeta repitiendo sin cesar sus lastimosas demandas. Y no fue esto lo peor, sino que á medida que se metia por el lóbrego círculo de aquel desconocido barrio acometíanle tantos mendigos, y hormigueaban de tal suerte los estropeados, mancos y leprosos, que daba tentaciones de creer se hubiesen citado y reunido todos los del mundo. Añádase á esto que las casuchas del arrabal, la disposicion irregularísima de sus calles y el pestífero fango que las cubria indicaba tal estremo de hediondez y miseria, que no parecia sino

que se esforzase la naturaleza humana al efecto de embrutecerse y convertirse en la raza mas inmunda. Nebrija sin casi saber lo que le pasaba, aunque algo alhagado por descubrir á lo lejos que las que creía hogueras eran los fuegos de ciertas tiendas á manera de covachas que aun se conservaban abiertas, arrojóse por entre aquella nube de reptiles y harapos lleno de miedo á sus acometidas, de horror al ver sus formas y de asco por sus tiñosos cráneos y ulcerados miembros. Al fin llegó al estremo de cierta calle que desembocaba en el grande espacio que servia de plaza al pestilente cuartel. Ensanchósele el ánimo al ver muy inmediatas las luces de las tiendas que hemos dicho, y echó á correr hácia el abrigo que le deparaban confiando en la buena disposicion y ligereza de sus miembros para que no le alcanzasen los que ó carecian de ellos, ó los tenian incompletos. Pero arrojaron en el mismo instante los cojos sus muletas, sus báculos los ciegos, desplegáronse los que andavan á gatas, dieron brincos

los leprosos, y formando corro en derredor del poeta, no se arrojaba éste á ángulo alguno de la plaza adonde ellos no llegasen primero soltando estrepitosas carcajadas, y burlándose á rienda suelta de su candorosa índole. El pobre echó una ojeada en derredor para averiguar si topaba con fisonomía que anunciase compasion ú honradez, pero por desgracia suya todos los semblantes eran traviesos y malignos, como de gente pícara, maleante, juguetona, mas dispuesta para tomar en brazos á un cristiano, tenderlo en una manta y hacerle dar gentiles vueltas por los aires, que para darle hospitalario abrigo en sus cabañas. Entonces comprendió el infeliz que se habia metido nada menos que en el riñon del hampa, adonde nunca penetraba hombre de bien, ni en fuerza de antigua y bárbara costumbre ejercian jurisdiccion alguna corchetes, alguaciles y demas satélites de la señora justicia. Verdad es sin embargo que los ladrones y los falsos mendigos no eran tan temibles en aquella inmunda guarida

como cuando derramándose por la ciudad ó sus cercanías robaban, apaleaban y cometian otras mil insolencias; mas no por eso dejaba de ser escuela de malas costumbres, círculo en donde el hombre se convertia en bruto, cátedra infernal para aprender sutilezas del arte de quitar bolsas y vidas, refugio, en fin, para cuantos pícaros andavan por el castellano territorio. Alli acudian los que olfateaban largo por las playas de San Lucar, los que escapar podian de las galeras del rey, cuantos registraban bolsillos por los arcos de Toledo, y hasta los moros de Granada que tenian la altiva y justiciera condicion de sus alfaquíes en fuerza de alevosías y perversos tratos. En el hampa encontraban asilo cuantos hacian profesion de malos en toda la estension de la península, dividiéndose en varios gremios, segun el vicio á que se mostraban mas adictos. Dedicábanse muchos á la mendicidad, muchísimos á la ratería, y no pocos á servir de instrumento de particulares venganzas. Eran estos los mas considerados, alcan-

zando cierto respeto de la turba pordioserilla y ratera, y formando un privilegiado escuadron en derredor del rey del hampa, débil modelo de los strelitz de Moscovia y genízaros de Turquía.

La plaza era como hemos dicho un ancho é irregular espacio, por supuesto sin losa alguna, antes lleno de hoyos donde todavía se encerraban pestilentes y encharcadas las aguas de las últimas lluvias. Dos grandes hogueras brillaban en ella para que sirviesen de refugio á cuantos no tuviesen choza ó aspirasen á solazarse de noche, puesto que la luz del sol era elemento que singularmente aborrecian aquellas bandadas de aves rapiñeras. Todo era animacion y bulla en derredor de sus llamas. Sucios muchachos, desgarradas mancebas, velludos jaques, andrajosos mozalvetes saltaban, reían, formaban móviles grupos al calor de las altas llamas, presentando inmundos gestos, impúdicos modales, familiaridades repugnantes, y los cínicos matices de que hubiera echado mano el audaz pincel de Goya para pre-

sentar un terrible panorama del envilecimiento de la humana especie. Por entre las bárbaras gesticulaciones de aquellos movedizos corros, y el complicadísimo juego de sus manos y sus piernas, veíanse atravesar á deshora un perro que se equivocaba con un hombre, un hombre que se equivocaba con un perro, revolviéndose unos con otros cual si la raza canina y la especie racional hubiesen echo horrorosa alianza, ó no existiera entre ambas ninguna clase de diferencia. Y las casuchas que rodeaban este nuevo mundo de reptiles y seres fantásticos tenian una facha tan ruinosa y decrépita, elevábanse tan poco sobre el suelo, y de tal suerte se mostraban agujereadas, desproporcionadas y lúgubres, que se le figuraron de pronto á nuestro poeta un círculo de viejas no menos horribles y disformes que el resto de la bulliciosa comparsa.

A todo esto no le dejaban los mendigos, antes á medida que lo iban metiendo por entre las gentes de aquel distrito

teníanlo mas fuertemente agarrado, como si con ello logrado hubiesen un estraordinario triunfo. Por decontado que todos volvieron la atencion á la interesante novedad de haberse introducido en aquel gremio un cristiano, y que lo estuvieron contemplando de arriba á bajo riéndose de su equivocacion á sus mismas barbas, paseándolo en torno como animal de distinta gerarquía, y alegrándose ni mas ni menos que los muchachos cuando traen algunos perillanes de estrangis, el agraciado puerco-espin ó el volatinero mono. Figúrese el lector cuál sería la angustia de aquel poeta, hombre de suyo monologista y pacato, que deseaba vivir en santa paz con todo el mundo, y que si floreciera en nuestros dias aficionárase y tomara por divisa aquel célebre dicho de Sancho Panza *y cada puta hile y comamos.*

— ¡Llevémosle á la presencia del rey! gritaban los mas audaces del hampa.

— ¡Al rey! ¡al rey!... repitieron los restantes; y el buen Pedro Nebrija, cre-

yendo que sin duda habia de ser algun lobo ó desmesurado culebron el gefe de aquellas hordas, temblaba de pies á cabeza, persuadido de que lo iban á arrojar en cavernosa cueva para que sirviese de regalo á su voracidad canina. Echáronle muchos la garra, pero los tres mendigos que le venian acosando desde largo trecho disputaron la presa, abogando intrépidos por el derecho que respecto de aquel hombre les asistia. Ya se trasluce que ese brusco ataque hubo casi de acabar con la ropilla de Nebrija, bastante mugrienta de suyo, y muy en estado de deslucirse ó rasgarse como yesca entre tan afiladas uñas. De esta manera, corcoveando y revolviéndose en valde entre aquella cuadrilla de hambrientos canes, atravesó la plaza en sentido inverso, siempre á merced de su malicioso capricho. Parecióle un instante que se habia hundido en el abismo y que andava errando por sus inmundos espacios, rodeado de sucios reptiles é insolentes avejorros, hasta que disipándose esta ilusion de su cerebro, esencialmente

poético, vió que no se trataba de su alma, sino de su vida, y que esta corria quizás grandísimo riesgo en razon de que le faltaba la bolsa, único conciliador entre el hombre de bien y el bandido.

La corte del rey del hampa era una abovedada taberna, en medio de la cual ardía un gran fuego que no solo calentaba la plutónica gruta, sino que servia á viejas remolonas y desgreñadas muchachas para guisar los rústicos manjares que desde época inmemorial se sirven en los mas prostituidos bodegones.

Notábanse en torno varias mesas, por lo comun cojas ó estropeadas, y sentados junto á ellas impúdicos y blasfemadores individuos de aquel gremio, agasajando á sendos jarros de vino, y saboreándolos con báquicas aclamaciones y torpísimos visages. Aqui presidia la comparsa un bebedor de gran barriga con ojos chispeantes y entorpecida lengua, alli un soldado fingido quitándose las úlceras que supuso resultar de las heridas que recibiera peleando con el moro, acullá un plañidero

mendigo arreglando para seguir llamando la atencion con su cojera la falsa pierna de palo, y allá en segundo término desvergonzadas mozas que tomaban leccion de ladinas dueñas, mentirosos romeros sacudiendo las conchas de sus esclavinas, jóvenes que ensayaban los varios tonos de una limosna, y otros mas atrevidos y emprendedores escuchando las instrucciones de desalmados jaques, ya para tirar de lejos el puñal, ya para agitar el venablo, ya para poner gesto amenazador y resuelto al efecto de atemorizar á los transeuntes. Pero el rasgo que mas caracterizaba las virtudes de aquella sociedad hedionda era la descomunal pelea trabada en uno de los rincones para disputarse la propiedad de un niño que ciertos gitanos habian robado la víspera: su edad sería la de tres años, y teníanlo de pie sobre una mesa como para que sirviese de estímulo á los que entre sí combatian para cargar con tan inocente víctima.

Sin embargo no se oían mucho los gritos de estos perversos: confundidos an-

davan entre las descompasadas voces de holgazanes y rateros, las carcajadas chillonas de tanta pícara vieja y los báquicos é impuros cantares de pordioseros y borrachos. Y si desviando la vista de la edad viril queríase fijarla en la generacion venidera, los niños mezclados entre tantos hombres hubieran ofrecido á cada instante motivos de horror y de tristes meditaciones. Por supuesto que nadie hacia caso del tristísimo llanto, del amargo desconsuelo que mostraba el infeliz robado viéndose en medio de gentes que le inspiraban repugnancia y miedo en lugar de las blandas caricias de su madre, y de los alhagos en que manifestaba haber sido educado segun su delicadeza y vestidura. Sueltos , traviesos, tartamudeando palabras obscenas, y divirtiéndose en juegos que pintaban la astucia de los ladrones, el miedo de los pasageros, los trances de un azotamiento, de una emplumada, de un ahorcado y otros del propio jaez, recordando la agitada vida de aquella gente non santa, cor-

rian los descaradillos rapaces del hampa por aquel lóbrego y misterioso aposento. Habíalos tambien que montados en un banco remedaban á los paladines de un torneo, otros que repetian las lecciones que les dieran sus tutores, á fin de mover á lástima á los viandantes, y muchos que daban vueltas en derredor del hogar con objeto de ver si pillaban alguna torta, algun pedazo de cebolla, ó, escarbando la ceniza, alguna sabrosa castaña.

¿Pero quién era el rey de tan democrática turba? preguntará tal vez alguno de esos lectores que la echan de cortesanos.

¡El rey!... par diez que hubiera sido dificil dar con él como hubieran de distinguirle en los atributos de su dignidad real, pues por mucho que se recorriese con los ojos aquella ominosa fragua de depravacion y malicia, no hubieran topado con quien mostrase algun rasgo de superior inteligencia ó cultura. Y no obstante, alli estaba el rey del hampa sen-

tado por mas señas sobre una gran cuba, y al parecer divirtiéndose con el caprichoso cuadro que ofrecia la asamblea. Ante ese hombre arrastraron al poeta dándole recio bofeton á su casquete porque no tuvo la profética advertencia de saludar con él al valiente pícaro gefe de tantos bribones. Como entraron muchos al propio tiempo moviendo grande algazara, callaron hasta los del corazon de aquella caverna, y hubo general silencio, únicamente interrumpido por los sollozos del tierno infante robado.

—— ¿Qué me quereis vosotros con ese babieca? preguntó el rey á los pordioseros que arrastraban mal de su grado á Nebrija.

Estas cortas palabras fueron pronunciadas en efecto con cierto imperio y desden, indicando la superioridad del que las profería. Algo habia sin embargo en el metal de aquella voz que hizo temblar al poeta como si ya en otra ocasion le hubiese traido alguna perra desventura; y levantando los ojos con timidez para cer-

ciorarse, fijólos en las brutales facciones de aquel gefe, y al punto reconoció en él al mismo Tomas Cortante, que con su pordiosera proclama, y con su llaga postiza y asquerosa, habia por primera vez interrumpido la representacion solemne de la farsa. Verdad es que ahora lejos de afectar docilidad de espíritu y dolencias en el cuerpo, mostraba cierta arrogancia agitando con la diestra un vergajo de buey, de que sin duda se servia para azotar á los que se separasen de sus selváticas leyes.

Nebrija cobró de nuevo cierto aliento: preguntarannos tal vez en qué se fundaba, puesto que sus conexiones con Tomas habian sido las mismas que con el dux de Venecia; pero nosotros, que sabemos á cuánto alcanza la flexibilidad de una fantasía poética, y cuán facilmente se persuaden estos señores de que sus obras les grangean de repente heróica fama, no estrañamos que alimentase el buen filósofo cierta esperanza vaga de que aquel mismo capataz tan hediondo y soberbio habia de respetar el iluminado

calctre que endilgó para honra de su patria y honestísimo recreo de las gentes ingeniosa y oriental alegoría.

—Maestro... empezó á decir con trémula voz, caballero... señor... ¡ah! enteradme en caridad del tratamiento que he de daros.

—Trátame de vos ó de tú, de merced ó señoría, en los términos que quieras, como andes listo en alegar lo que tengas que decir para tu defensa.

—Malo va esto... calculó Nebrija: pues señor, yo soy el mismo que tuve la honra esta mañana...

—Tu nombre, pícaro, tu nombre es lo que quiero, que todo lo demas no me importa dos ardites. Y para que te revistas del respeto que se me debe, sabe que te hallas nada menos que ante tres capataces que pudieran disputar á los mismos reyes magos lo limpio de la sangre y lo estenso del poder. Primero ante mí Tomas Cortante, rey absoluto del hampa: despues ante el viejo Merlin, ese arrogante tio alli envuelto como ves en

ancho trapo amarillo, capataz de los gitanos del reino; y por último, ante el terrible Monipodio, aquel velludo jaqueton que acaricia una vasija de vino, gefe impávido y resuelto de cuantos salteadores, matasietes y perdonavidas se guarecen en el hampa. Ahora bien; invadiste nuestro privilegiado territorio sin permiso de ninguna de estas tres autoridades respetabilísimas, y habrás de sufrir por consiguiente crudo castigo, á menos que probar pudieses orígen gitano, hazañas de salteador público ó destreza de ratero. Ea, pues, despachemos, y empieza á decirnos en claras y breves razones tu nombre y tus cualidades.

—¡Ay de mí! señor rey, repuso Nebrija, no puedo vanagloriarme de pertenecer á ninguno de tan ilustres gremios; pero si vale la antorcha del ingenio en el honrado reino del hampa, sabed que soy el autor...

—Basta, interrumpió el Cortante, te ahorcaremos, y servirá tu suplicio de solaz y pasatiempo á nuestros súbditos.

Porque con el mismo rigor que tratais á los del hampa en vuestro reino, os trataremos á vosotros cuando profanais el nuestro. Ley por ley, costumbre por costumbre, pena por pena, cosa sobremanera justa y equitativa; que no está bien que solo decoren las horcas los divertidos gestos de un miserable truan, antes es justo que luzcan alguna vez en ella los que se jactan de hombres de honra. Anímo, amigo, y despídete de la vida echando cuatro flores á esas bellezas del hampa errantes por la taberna; pero si mas te pluguiere magullarte el pecho y ofrecer á Dios tu cara de mico, alli tienes un San Cristóbal de canto, campeon y protector de toda el hampa, á quien puedes arrojarle el alma con tanta confianza como el cuerpo á la mejor galera del rey don Pedro para correr á la tierra de los Fúcares. Ea, cuenta para todo esto con media docena de minutos.

—— Bien charlado por mi vida, esclamó Monipodio, arrimando por un momento la descomunal vasija: digo que

Maese Cortante pudiera tomar un púlpito en cada mano, y lanzarse por el mundo á enternecer el mas empedernido auditorio. Cuerpo de mí, y con qué garbo le ha anunciado el honrado fin que le prepara.

--Pero, señores emperadores y príncipes, observó el sentenciado sacando fuerzas de flaqueza, paréceme que andan vuestras grandezas un si es no es precipitadas en tal juicio. Porque yo me llamo Pedro Nebrija: soy nada menos que el poeta autor de la ingeniosa farsa que se repesentó esta mañana en el salon del alcázar; y á fé que...

--¡Oiga! esclamó Cortante: ¿el que tanto nos fastidió con àquella batahola de pláticas, enredos y disputas capaces de desesperar al hombre mas flemático y babieca? Vaya, vaya, déjese de réplicas, y créame que no hay muerte mas sabrosa que la del ahorcado, como Maese verdugo sea medianamente práctico en el oficio.

--Pues no veo por qué los poetas no

hayan de ser contados entre los vagamundos y los truanes. Esopo fue un haragan, Homero pedia limosna, Mercurio robaba á los pasageros, y no digo nada del padre Apolo...

-- ¿A que te propones rompernos otra vez los cascos con tu maldita jerga?...

-- ¡No, por el alma de mi abuelo, señor rey de los pícaros honrados! insistió Nebrija defendiendo el terreno á palmos; digo que no trato de quebraros la cabeza, pero me parece, salvo vuestro dictámen regio, que la cosa vale la pena de ser disputada con calor, sobre todo de parte del pobrete que debe servir con el bulto de hazmereir á la generosa tribu.

Aqui calló, porque subieron de punto los clamores del niño, y se le habia antojado á una pícara vieja freir unas asaduras en la hoguera, lo cual producia otro ruido no menos destemplado y chillon que los lloros del muchacho. Sin embargo Tomas Cortante se fue á conferenciar en secreto con Merlin y Monipodio,

raros y peregrinos ingenios si aquel hubiese entendido regularmente el castellano, y no estuviese éste mas borracho que una cuba. Despues con voz recia y descomunal soltó un gran grito de ¡silencio! y como ni por esas cesasen los desagradables suspiros de la sarten y los crudos alaridos del infante, dió una patada á la trípode que sostenia la fritada, otra á la mesa en donde se hallaba el chiquillo, y sin hacer caso de su mal reprimidos sollozos, ni de las blasfemias que le prodigaba la vieja entre dientes, volvió á subir gravemente á su tonel, y llamó á consejo las autoridades de aquel tenebroso reino. Al momento acudieron el velludo Monipodio, el viejo gitano vestido á la manera oriental, los mendigos de mas esperiencia, los rateros de mas sutileza, los jaques, en fin, de mas desalmada índole y acreditada osadía. No sé qué tenia de terrible aquel senado de desgreñadas fisonomías, de gentes medio desnudas, inferiores en cultura, aunque no en ferocidad, á las errantes hordas de Tartaria, que el

pobre poeta se creyó repentinamente trasladado ante el trono del Dios de los infiernos. Tomas Cortante desde lo alto de su tonel bien podia sostener la comparacion con la idea que nos formamos de Satan, al considerarlo descollando con su atlética y membruda facha entre los mas hediondos demonios del abismo.

-- Escucha, dijo al poeta manoseándose las barbas con sus robustos y callosos dedos, no encuentro razon para que te libres de la horca, y si bien parece ser cosa que en gran manera te repugna, consiste en que vosotros no estais habituados á semejantes niñerías, y le dais un valor de que realmente carece. Mas no por eso te queremos mal, y nos ha ocurrido una idea para que te libres de tal conflicto. ¿Quieres ser de los nuestros?

Júzguese cuál sería el efecto de tan inesperada proposicion respecto de un hombre que se hallaba en medio de un diabólico cónclave, con infinidad de pícaros á sus espaldas deseando verle pernear para su pasatiempo y holganza

entre los robustos mastiles del suplicio.

--¡Y como si quiero, señor rey!... que nunca me he visto tan honrado ni...

--¿Y consientes, prosiguió Cortante, en alistarte entre los saltimbanquis de la gaita trotona?

--Mucho: como que adivinásteis, gran señor, mi inclinacion favorita.

--¿Y te declaras miembro del hampa?...

--Y el mas reciamente pegado al cuerpo de tan ilustre señora.

--¿Aliado y amigo de los ranchos gitanescos?

--Sí señor, de los ranchos gitanescos.

--¿Y hampon?

--Y hampon.

--¿Y ratero?

--Y ratero.

--Pues dígote, amigo, que no por eso dejarás de ser ahorcado.

--¡Diablo!... esclamó el poeta dando un brinco.

—Solo con la diferencia, continuó Maese Tomas sin perturbarse, de que lo serás algo mas tarde, con mayor pompa, á espensas de la buena ciudad de Sevilla, y en horca de veinte codos con sus pilastras de cal y canto.

—¡Ah!... ¡bravísimo!... allá me las den todas.

—Pero en calidad de individuo del gremio no dejarás de tener tus ventajas, como, por ejemplo, ser franco de barcas y puentes, vivir con la hacienda agena, y hallar asilo y refocilamiento en el hampa sin deberle al diablo un maravedí.

—Asi sea. Desde luego consiento en ser hampon, gitano, truan, media gaita y cuanto quisiereis, puesto que antes de aspirar á todo esto era filósofo, y *omnia in filosofia continentur*, como sabeis mejor que yo.

—¿Por quién me tomas, hermano? interrumpió el rey del hampa arqueando las cejas: ¿crees que soy algun perro descreido para que me hables en judáico?

—Disimuladlo á mi inesperiencia,

repuso con aire tímido el poeta, y á la circunstancia de que lo que tomais por hebreo no es sino latin del mas corriente.

-- Pues cuenta con volverme á conjurar en lengua perruna, ó te mando clavar en un mostrador ni mas ni menos que moneda falsa. Pero en fin, ¿está decidido que has de ser truan?...

-- Sin la menor duda, señor ilustrísimo.

-- Pues solo falta que des alguna prueba de sutil manejo en el arte honradísimo y sublime de meter dos y sacar cinco. ¿Tienes aliento para sacar limpios dos pelados alfonsis de los bolsillos de un Judas?

-- Y para arrancarlos de los que con cien nudos cuelgan de la pretina los mercaderes genoveses.

-- Allá lo veremos.

Y á una leve señal de Tomas Cortante salieron cuatro de los pícaros presentes, y no tardaron en volver trayendo la máquina de dos altos palos con un travesaño encima, los cuales, apoyándose

en una especie de trípode rústicamente formada, presentaban una horca portátil con su dogal colgante y sin que le faltase requisito alguno.

-- ¿Qué diablos de enredo es ese? preguntóse Nebrija á sí mismo no sin cierta inquietud.

Un ruido de cascabeles interrumpió estas reflexiones haciéndole volver el rostro para cerciorarse de lo que podia ser. Entonces vió que sacando un Judas, como los que apedrean en los dias de aleluya, vestido á manera de arlequin, y colgándole por todos lados millares de campanillas, suspendíanlo en el estremo del dogal y dejábanlo perfectamente ahorcado. Sonaron los cascabeles hasta cesar las oscilaciones de aquel espantapájaros, y señalando entonces el rey al buen Nebrija un banquillo de tan breve superficie que apenas presentaba suficiente espacio para un pie, díjole que se subiese á él.

-- ¿Cómo quereis que suba, observó el poeta, cuando esto no es mas que un liso y pelado tronco?

-- Dígote que subas, insistió el otro con imperioso gesto; y no pudiendo pasar Nebrija por otro medio, verificó la dificil subida haciendo muchos aspavientos, y no menos para pillar el punto céntrico y lograr que gravitase todo el cuerpo sobre la punta de un solo pie.

-- Ahora, prosiguió el rey del hampa, vuélvete hácia ese pelele de la horca sin necesidad de que te apees...

-- ¡Cuerpo de mí! ¿y os ocurre que pueda describir semejante semicírculo sin que me rompa una pierna?

-- Escucha, amigo, díjole ya mohino aquel gefe de bandidos: sabe, para que ahorremos palabras, que se trata de que alcanzando desde esa banqueta las faldriqueras del ahorcado, introduzcas en ellas sutil y bonitamente los dedos, y saques un bolsillo que encontrarás en el fondo, cuidando de hacerlo con tal destreza que ni remotamente suene el mas leve de sus cascabeles. Con sola esa prueba de habilidad cátate individuo del hampa, salvo que te estaremos moliendo á palos ocho dias seguidos nada mas que al efec-

to de que se endurezcan tus carnes á los látigos y á las pencas.

—¡Ay! ¡ay!... ¿qué me sucederá si los cascabeles suenan?

—¿Qué? poca cosa... ser colgado en lugar de ese muñeco...

—¡Vive Dios que no lo comprendo!

—Pues óyeme de nuevo, y trata de hacerte cargo. Registras al Judas, le limpias de dinero, y en caso de que chille el mas leve cascabelillo te ahorcamos sin apelacion al instante. ¿Lo entiendes ahora?

—Paréceme que sí. ¿Y en el otro caso?

—Si alcanzas la bolsa con tal gallardía que permanezcan mudas las campanillas y no revelen tu robo, te apalearemos por cierto término para que goces del fuero de carne hampona, lo que equivale á decir carne de cuero baqueteada y recia. ¿Lo comprendiste al fin?

—¡No, por el alma de mi abuelo!... porque si ahorcado en un estremo, si apaleado en otro, ¿dónde está mi ventaja?...

—En ser hampon, bárbaro, y en la gracia de que te baqueteen y zurren, á fin de que nunca levante roncha en tus espaldas el crudo zurriagazo de Maese Diego.

—¡Gran merced! pero bien sabe Dios sí quisiera no verme en el caso...

—Ea, acabemos, parlanchin, interrumpió Cortante dando una patada en el tonel, que retumbó hueco y sonoro: registra al Judas, y cuida mucho de que los cascabeles no lo noten, puesto que hasta tal término te desplace dar el último salto entre inteligentes que te lo han de aplaudir y á guisa de hombre de mérito.

Levantóse gran risotada y aplauso entre todos aquellos pícaros, trasluciéndose tan desapiadada malicia en esta algazara, que harto conoció el poeta que no habia mas recurso que servir de pasatiempo á su depravadísima índole. Decidióse, pues, á tentar la arriesgada aventura de desvalijar el pelele, aunque no sin dirigir en secreto á todos sus cascabeles, grandes, medianos y chicos, una ferviente plegaria.
—¿Es posible, decia en voz baja, que

mi vida haya de depender de vosotros? ¡Ah!... mordeos la lengua y dejad á un pobre diablo que á su satisfaccion lleve á buen término esta inaudita aventura!

Pero quiso todavía antes de lanzarse al muñeco hacer otro esfuerzo para mover el ánimo pertinaz de Tomas Cortante.

—Y dígame, señor, por su vida, ¿qué será de *mí* si una ráfaga de viento agita los cascabeles?

—Te ahorcaremos, respondió el otro sin vacilar un momento; por lo que viendo que no habia efugio, ni sutilezas, ni réplicas que le pudiesen valer, tomó animosamente una determinacion, y revolviendo sobre su pie derecho para hacer rostro al arlequin, tendió los brazos, y quiso meter la mano por la disimulada raja del bolsillo, al tiempo que faltándole el equilibrio vaciló para no caer, apoyóse en el muñeco, sonaron mas de quinientos cascabeles, y herida su imaginacion con este fatal anuncio de muerte, cayó rudamente al suelo dando un recio batacazo en medio de las estrepitosas riso-

tadas de aquellos desapiadados hampones.

-- ¡Ay de mí!... esclamaba el pobre cosidas las quijadas contra el sucio pavimento.

-- Ahorcármelo al instante, gritaba con voz de trueno Tomas.

Levantóse como mejor pudo, y vió que ya habian descolgado al muñeco para que sufriese en lugar suyo aquel bárbaro suplicio. Hiciéronlo subir sobre el banquillo, y el mismo Cortante acomodó en su prolongada garganta la golilla de esparto. — A Dios, amigo, díjole; no puedes escaparte ya, siquiera tuvieses por intercesor al romano pontífice.

La palabra *gracia* espiró en los labios del poeta, revolvió los ojos por si topaba con alguna figura compasiva, pero todos reían, lo silbaban, lo toreaban, manifestándose deseosos de solazarse con sus últimas boqueadas.

-- Ven acá tú, brazo de hierro, dijo el rey del hampa á un membrudo jaqueton de aquel concurso; monta sobre el travesaño para que de un salto caigas ahorcajadas sobre el hombro de ese marica.

Brazo de hierro subió de un brinco, y levántando el poeta la ofuscada vista violo encima de su cabeza deseando el momento de saltarle en el hombro y hacer presa en él como un ave de rapiña.

— Ahora, continuó Cortante, á la primera señal que yo haga, tú, Pablo Mondongo, arrojas de una patada el banquillo á tres varas de largo, para que nuestro hombre pueda remar á su sabor en el aire; y tú, Andresito, te colgarás de sus piernas y nos divertirás á todos con un gracioso columpio. Ea, muchachos, diligencia y atencion para que la cosa vaya en regla.

Estremecióse Nebrija, frio sudor corria por sus miembros, poníansele los pelos de punta, y sentia las congojas y bascas de un moribundo.

— ¿Estamos prontos? preguntó Tomas á los tres que habian de ausiliar al poeta en aquel trance.

General silencio, caras ojiabiertas y boquiabiertas, fachas al parecer mas inmundas, mas salvages, mas ansiosas del mal del prójimo que el mismo diablo

cojuelo, ofrecia salamente aquel concurso. El pobre Nebrija tuvo un instante mas de vida, porque se le antojó al rey del hampa arreglar con los pies algunos troncos sobresalientes de la hoguera al efecto to sin duda de que estuviese mas alumbrada aquella escena; pero en cuanto dió fin á esta breve operacion, volvióse á sus tres satélites abriendo las manos para dar la fatal palmada, nuevamente preguntándoles — ¿ estamos?

Levantó la diestra, y... dentro de un segundo hubiéranse abalanzado los alanos al poeta si por fortuna no le ocurriese al propio gefe que se habia olvidado de llenar cierta formalidad, singularmente venerada de las gentes de aquel gremio.

-- Camaradas, dijo, reina una laudable costumbre entre nosotros que nos prohibe ahorcar ningun hombre antes de que lo examinen las mugeres por si hay alguna que lo quiera. Asi que, todavía te queda esta esperanza, añadió dirigiéndose á Nebrija; ó te casas con una pindonga de las nuestras, ó bailas la zarabanda al estremo de esa cuerda.

Respiró el malhadado, siendo esta la segunda vez en que de una muerte cierta pasaba rápidamente á la vida.

— ¡Hola! gritó Tomas desde su tonel; vengan acá todas nuestras busconas y alcahuetas, venga lo mas sucio del hampa, Maritornes de San Lucar, la gitana Ariparia, Brígida de Zaragoza, y vean si les place la facha de ese pobre diablo, condenado por nuestras leyes á sufrir la pena de matrimonio, ó la de horca.

Alzó el poeta los ojos por descubrir si corrian muchas al eco de semejante proclama, pero, sobre no divisar ninguna, oyó que algunas del auditorio decian que mejor partido sacarian todos de verlo pernear por los aires. Tres sin embargo salieron al fin del simulacro para roconocer al esposo que les proclamaban. Era la primera una muchacha cariredonda y rolliza, la cual, adelantándose con desvergonzado garbo hácia el poeta, examinó desdeñosa su agujereada ropilla, y preguntóle con sardónica sonrisa por la capa.

— ¡Ay!... la he perdido.

-- ¿Y el sombrero?

-- Me le robaron.

-- ¿Pues dónde tienes la bolsa?

-- ¡Bolsa, amiga mia, bolsa!...

-- Sí, ya veo que es para tí objeto del otro mundo. ¡El demonio del villano!... déjese ahorcar y puede darnos las gracias.

La segunda era una vieja tan arrugadísima y ahumada, que Nebrija casi temió que la libertase eligiéndolo por esposo. Sin embargo, la taimada Celestina dió tres vueltas á la redonda del sentenciado, y marchóse á la tercera diciendo con asqueroso melindre que estaba demasiadamente flaco.

Presentaba la última mas lozanía en el rostro, mas ligereza en el cuerpo, y algo de travesura en los ojos y de donaire en las palabras. Miró atentísima al poeta, reconociólo con aire de compasion, é inclinando despues los ojos al suelo permaneció algunos momentos indecisa. — ¡Ah, salvadme por piedad!... dijo en voz baja Nebrija.

-- ¡Un demonio! respondió la chi-

quilla saliendo de su enagenamiento y dando un gracioso brinco: ¡un demonio! que vendria despues el mascaron de Aljubarrote y me daría tanto palo que no podria valerme en mucho tiempo.

— Par diez, camarada, observó Cortante, que tienes una suerte bien negra.
— ¡Hola! prosiguió levantando la voz é imitando con ella el tono grave y nasal del pregonero de la villa, ¿no hay quien mas diga? ¿nadie sale á hacer postura?

Universal silencio.

--Ahora bien: salto de diablo y á él...

É iban á lanzársele los tres alanos, cuando detúvolos el inesperado y alegre clamor de *¡la Esmeralda! ¡la Esmeralda!*

Turbóse el poeta, alegrósele el corazon sin saber por qué al ver que esta voz mágica entorpecia la energía de sus verdugos, y volviendo los ojos hácia donde sonaba el fausto anuncio, vió que abrian paso á una niña de donosa y angelical figura, la misma precisamente que tanto lo enagenara danzando, ni mas ni menos que una ninfa de las de su caudal poético, en medio de la plaza pública.

--¡La Esmeralda!... dijo para sí admirando la notoria influencia que tenia desde algunas horas en todos sus acaecimientos. Pero lo que mas sorprendióle fue ver el respeto y admiracion que le mostraban aquellas gentes del hampa, por otra parte tan bravas, selváticas y resueltas. Por lo que hace á la hermosa jóven, acercóse con ligera planta al condenado seguida de su lindísima cabrita, y estuvo considerándolo un momento silenciosa.

— ¿Con que vais á ahorcar sin remedio á ese hombre? preguntó gravemente á Tomas.

— A menos que lo tomes por marido, hermana, respondióle el rey con suma amabilidad y dulzura.

Ella al oirlo hizo la graciosa mueca que tenia de costumbre, meneando la cabeza á un lado y á otro como si le pareciese dura la condicion.

— ¡Lo tomaré!... esclamó despues de un rato; y el pobre Nebrija al escapársele de sus labios estas breves palabras creyó que cuanto le acaecia era un sueño del que ya le sería sumamente desa-

gradable despertar Quitáronle con grande algazara los dogales, hiciéronle bajar del banquillo, y empezaron á honrarle y saludarle como á hermano de corporacion tan célebre, ponderándole los hombres las ventajas de agregarse á la clase á que cada uno pertenecia, y acariciándole las mugeres con asquerosos alhagos. Entre tanto mandó traer el gefe una mediana tinaja, entregósela á Esmeralda, que enagenada y taciturna recibia los aplausos y bendiciones de todos, y poniéndola ella en manos del felicísimo Nebrija díjole que la arrojase contra el suelo.

Hízolo asi el poeta, dividiéndola el porrazo en cuatro tiestos.

— Enhorabuena, hermano, esclamó Tomas poniéndole ambas palmas en la frente; hé aqui á tu muger; y tú, graciosa Esmeralda, hé aqui á tu marido: la voluntad de la tinaja es que por cuatro años dure vuestro feliz matrimonio.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

